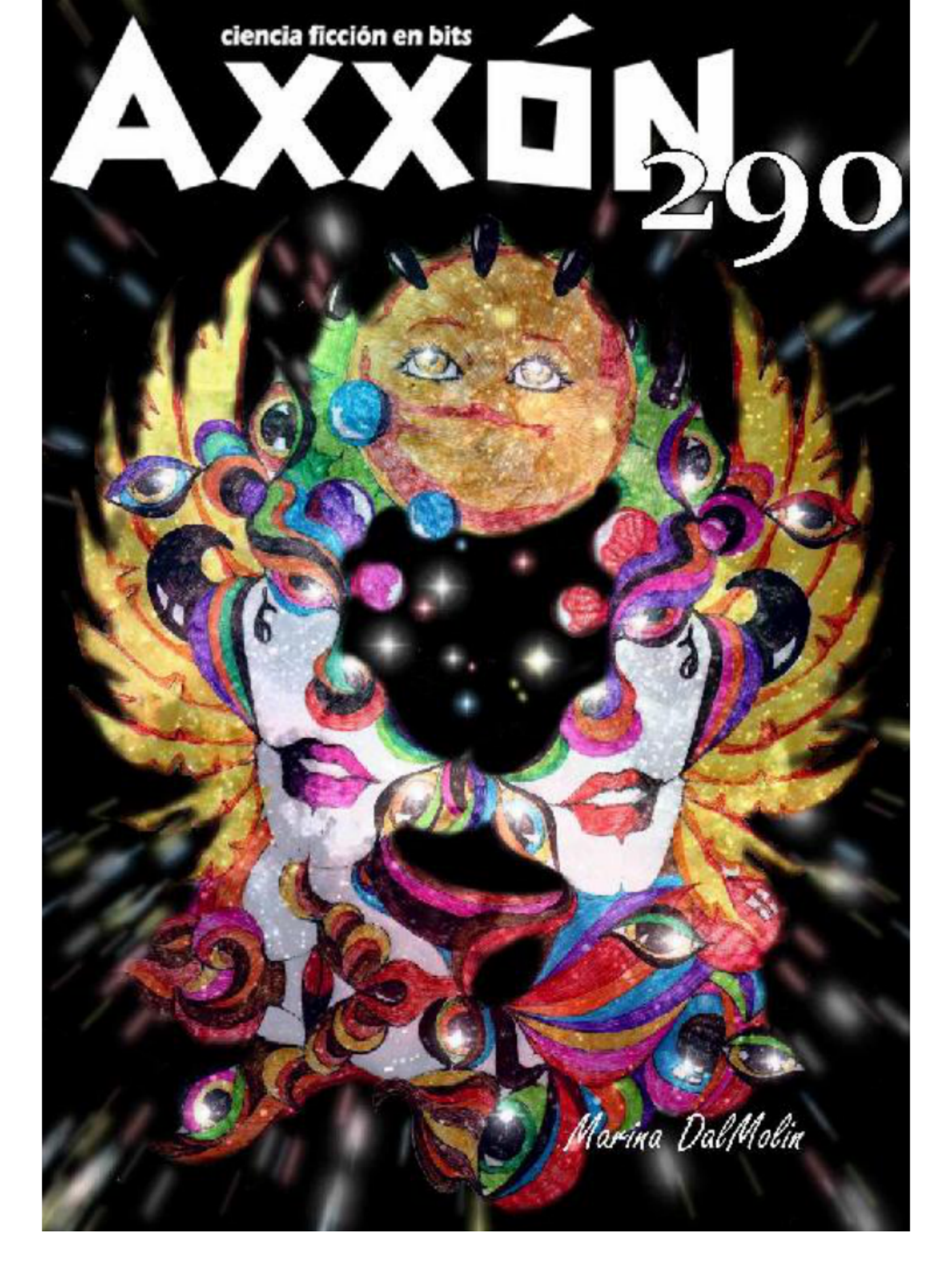

ciencia ficción en bits
AXXÓN
290
Marina DalMolin

Axxón 290, agosto de 2019

Acerca de esta versión

Gaviota blanca y solitaria

Geoffrey W. Cole

 **EE.UU.**

El primer oficial anunció que el avión estaba perdido tres horas después de que entraron en la nube. Ergot esperó que terminara el anuncio y luego abrió su cuaderno para encontrar el final del poema en el que había estado trabajando. En el asiento ubicado detrás de él roncaba un anciano, con un delgado hilo de baba colgando del mentón bien afeitado. El resto de los pasajeros estalló en una indignación confusa.

Antes de poder agregar una sola palabra a la página, la novia de Ergot, Dina, llegó al extremo de la fila, una mano empuñando la cartera y la otra hecha con el puño hecho una bola con la que sacudió al anciano para despertarlo.

—¿Me perdí el carrito del desayuno? —preguntó el anciano, limpiándose el mentón.

—Ya que el avión está perdido—respondió ella—, me gustaría sentarme con mi novio. ¿Me permite?

El anciano recogió sus cosas.

—¿No deberíamos quedarnos en nuestros asientos? —preguntó Ergot.

—Si le traen el desayuno *kosher*, mándemelo —dijo el anciano.

Dina se sentó en el lugar del anciano.

—¿No es mejor sentarnos juntos por fin? —dijo.

Después de su primera vacación juntos, Dina había adquirido el hábito de Ergot de reservar asientos separados para ambos para que él pudiera escribir; ella nunca había dicho nada al respecto, pero hoy no le importó un cuerno.

—Es agradable —respondió él.

—¿Qué pasa con la nube? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros. La nube y la luz gris del alba a través de la que volaban tenía fuerte presencia en el largo poema que estaba componiendo. Su cuaderno se apoyaba en la falda, abierto en la página del pareado a medio terminar en el que había estado trabajando.

Ella miró la pluma que se deslizaba sobre el papel.

—Termínalo —dijo—. Yo miraré algo.

Dina se puso auriculares y recorrió las películas en la pantalla del respaldo. Ergot llevó la pluma al final del pareado:

Mirando por la ventana de la cabina

El alba esperaba gris y

No era Keats, él lo sabía. Por eso tenía que seguir trabajando, pero no podía hallar la palabra siguiente.

Graham repasó los cálculos manuales de su bitácora una vez más. En las tres horas desde que se habían metido en la nube cuyo brillo gris y opaco penetraba por el parabrisas, deberían haber viajado más de dos mil kilómetros. Eso los hubiera ubicado en alguna parte sobre el norte de Quebec, y debería haber amanecido hacía bastante.

Los instrumentos no corroboraban ninguno de sus cálculos; el GPS estaba desactivado, nadie le respondía en la radio ni el teléfono satelital, y el indicador de presión de aire indicaba la presión al nivel del mar, aunque el altímetro decía que seguían volando a doce mil metros.

—Paul —le dijo Graham al capitán—, ¿puedes revisar esto y decirme qué estoy haciendo mal?

El capitán aceptó la bitácora pero no miró a la página en la que estaba abierta.

—Está bien. —La devolvió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Graham.

—¿Otra bebida?

El capitán tomó un trago de su petaca. Graham llamó a los auxiliares de cabina y los mandó a servir otra vuelta a los pasajeros.

Dos horas después de que Dina se le unió, los auxiliares de cabina volvieron a pasar con el carrito de bebidas. Ergot pidió un ruso blanco.

—¿Seguro que necesitas otro? —preguntó Dina. Su actitud de nutricionista lamentaba lo que le harían las calorías y la grasa a las arterias de Ergot.

—Que sea doble —pidió Ergot.

Tomó un sorbo y volvió a la página. La poesía brotaba de su pluma. Ergot dependía de los rusos blancos para superar su primer millón de

palabras. En una clase de poesía hacía años, un instructor le dijo que el primer millón de palabras producidas por cualquier autor eran mierda. Sólo después de haber excretado esas palabras sobre la página, el escritor podía producir guano vendible. Según su estimación más generosa, a Ergot todavía le faltaban seiscientos cincuenta mil palabras. Había aprendido pronto que los rusos blancos eran laxantes poéticos.

Los haikus le salían fácilmente cuando estaba borracho, así que excretó algunos para describir al otro pasajero que lo circundaba amargamente:

Siete whiskies Sam

Suda y pide el ocho; mas

Sólo le dan nuez

No sólo los borrachos llegaban a sus páginas:

Niño y su mamá:

Calla, niño, de una vez,

Deja de llorar.

Mientras Ergot garabateaba, Dina sacó su teléfono y se conectó al wifi del avión. Todos los emails anteriores que había enviado desde que entraron a la nube le habían rebotado. Tenía clientes esperándola en Seattle; detestaba hacerlos esperar. Ergot también tenía reuniones de ventas, aunque ella estaba segura de que no había pensado en esas reuniones desde que las había programado antes de sus vacaciones. Ella intentó publicar un mensaje en Facebook, luego en Twitter, pero ninguno de los dos la dejaron publicar nuevos mensajes. La actualización más reciente de Twitter era de hacía seis horas, más o menos la hora a la que habían entrado a la nube. Apagó el teléfono. Ya no podía quedarse sentada. Se desabrochó el cinturón.

—Hey, amigos —se escuchó en los altoparlantes—. Habla el primer oficial. Vamos a intentar salir de esta nube, así que apaguen todos los aparatos electrónicos, guarden los elementos sueltos, enderecen sus asientos y abróchense los cinturones. No se preocupen, pronto los llevaremos a casa.

Dina volvió a abrocharse el cinturón. Ergot siguió garabateando.

Graham apagó los altoparlantes y miró a Paul. El capitán tenía apelmazado por el sudor el poco pelo que le quedaba en la cabeza calva, y seguía rascándose la hombrera izquierda.

—Si no me vas a audar a volar —dijo Graham—, ¿podrías al menos echarle una mirada a los instrumentos?

—¡Sí, señor! —respondió Paul.

Graham tiró del comando. Empezaron a subir. A su lado pasaron volando las nubes, grises, anodinas, luminosas por el alba. Luego de un ascenso prolongado, sonó una alarma y parpadearon luces en el panel de instrumentos. Habían llegado a la altura de entrada en pérdida.

—¿Y lo de mirar los instrumentos?

—Los estaba mirando.

Seguía sin haber cambios en las nubes. Graham inclinó el avión más hacia arriba. Las alarmas resonaron. A esa altitud, la presión del aire era tan baja que las alas podrían perder impulso y podrían desplomarse. Pero no ocurrió. El Airbus siguió deslizándose a través de la nube gris mientras la alarma de entrada en pérdida retumbaba y el capitán susurraba para sí mismo en el asiento de al lado.

—Es raro —dijo Paul.

Graham niveló el avión y luego lo impulsó en un descenso suave. Nada cambió del otro lado del parabrisas, sólo una nube gris interminable, pero el altímetro descendía. Cuando llegaron a dos mil metros sin cambio notable en la presión de aire, la velocidad del aire o las nubes impenetrables en el exterior de la cabina, volvió a ascender a una velocidad de crucero segura.

—No se la puede pasar por arriba —dijo su capitán—. No se la puede pasar por abajo. No se la puede rodear. Habrá que atravesarla.

Paul intentó tomar un trago de la petaca vacía.

—¿Alguna vez hiciste un aterrizaje de emergencia? —preguntó Graham.

—Sólo en simulaciones.

Graham miró su reloj; habían pasado ya siete horas desde que entraron en la nube. Los niveles de combustible no habían bajado desde entonces, pero no confiaba en los instrumentos y no quería quedarse sin combustible a doce mil metros. ¿Pero aterrizar a ciegas?

Graham siguió volando el avión horizontalmente y se quedó mirando la nube.

Cuando los pilotos dejaron de maniobrar, Ergot extrajo su libreta. Siempre le había dado vergüenza el título garabateado a mano, “Poesía en movimiento”, un nombre que eligió porque sólo encontraba tiempo para escribir cuando

viajaba en taxis, trenes, vuelos y cruces en ferry, pero ahora no le importaba. Todo lo que quería era escribir. La demora había sido intolerable. Durante el ascenso y el descenso, la poesía se le acumuló como una presión en el cráneo; más y más palabras llenaban un volumen limitado y si no las extraía a la página, las perdería o explotaría. Las palabras le salieron estallando en un torrente de tinta negra.

Dina miró más allá de su novio, a través de la ventana. La luz gris le recordó una mañana, años antes de conocer a Ergot, su primera mañana en el que fuera su nuevo departamento de un ambiente. Ese día, pensó que nunca se sentiría más sola que en ese momento.

Volvió a ponerse los auriculares y fingió mirar otra película.

Doce horas después de entrar en la nube luminosa, Paul se levantó de su asiento. Graham olió orina en el capitán mientras éste se estrujaba para salir.

—¿Dónde vas? —le preguntó.

—A tomar aire —respondió Paul.

Paul salió de la cabina y le inclinó la gorra a una de las lindas azafatas. No “asistentes de vuelo”, no. Odiaba ese término. Su esposa había sido azafata, antes de que se casaran. No la había visto a ella ni a los niños hacía tres semanas. Las lecturas de los instrumentos le recordaron un sueño que lo afligía casi cada noche que pasaba apartado de su familia. En el sueño, piloteaba un vuelo interminable.

Miró a la diminuta ventanilla de la puerta de emergencia. La misma nube gris. Todo lo que tenía que hacer era despertarse y se despertaría cubierto de sábanas con aroma a blanqueador en otro hotel anónimo de aeropuerto con media botella de whisky en el escritorio.

Abrió la puerta de emergencia.

Una ráfaga de aire con aroma a narcisos agitó la página en la que Ergot estaba trabajando. Levantó la mirada a tiempo para ver al capitán lanzarse fuera del avión, las piernas apretadas contra el pecho como si estuviera haciendo una zambullida “bomba” en la pileta de natación del vecino.

Del techo cayeron máscaras de oxígeno sobre sus cabezas. El primer oficial habló por los altoparlantes pero Ergot no pudo escuchar lo que decía por los gritos de los pasajeros. Intentó ayudar a Dina a ponerse su máscara mientras ella le gritaba que primero se pusiese la propia.

Mientras Ergot respiraba aire forzado que apestaba a plástico, se olvidó de su libreta y las seiscientas veintiocho mil palabras que todavía tenía que excretar. Cada película que había visto lo había convencido que cuando se abría la puerta de un avión en pleno vuelo, el avión estaba

condenado. Después de treinta y cinco años en el planeta, Ergot no estaba listo para manchar de rojo alguna tundra nevada. Quería casarse con Dina y tener bebés. Quería construir un hogar en la Península Olímpica lejos de toda la polución y la carnicería de Seattle. Quería sobrepasar ese millón de palabras y empezar a escribir buena poesía.

Giró hacia Dina, que tenía los ojos enormes y aterrados detrás de la máscara amarilla. Sabía que podía hacerlo. Ahora podía preguntarle.

El primer oficial apareció al final del pasillo. Tenía la piel broncínea y la sonrisa blanca de un instructor de tenis. Cuando levantó las manos para pedir silencio, los pasajeros se lo concedieron. Hasta las palabras de Ergot murieron en sus labios. El primer oficial tomó el teléfono de las manos de la asistente de vuelo y su voz los calmó desde los altoparlantes.

—Al avión no le pasa nada —dijo—. Pero sí le pasó algo al capitán. Trabajé con Paul durante mucho tiempo y hoy lo afectó algo. Lo importante es que estamos a salvo. Sólo estamos perdidos. Sin embargo, hay un problema. No podemos seguir volando con la puerta de emergencia abierta. Voy a tener que hacer bajar el avión.

Las máscaras de oxígeno apagaron los gritos de alarma y terror de los pasajeros sentados.

Detrás de sus ojos cerrados, Dina también vio las mismas películas que Ergot. También imaginó que este era el final. Un negocio exitoso, niños, quizá hasta casamiento, todas las cosas que siempre había deseado. Al menos, nunca tendría que mudarse a la Península Olímpica. Odiaba la vida rural en general y la Península en particular; demasiadas montañas se interponían entre ella y la vida real de la ciudad.

Una mano cálida le tocó el hombro. Abrió los ojos y encontró la cara broncínea del primer oficial sobre ella.

—Por favor levante del todo su asiento —dijo él, y luego pasó al pasajero siguiente.

La mano de Ergot se deslizó entre las de ella y se las apretó.

Graham se sentó detrás del comando del avión y disminuyó la altitud.

El aroma floral aún le cosquilleaba en las narinas. No había usado una máscara de oxígeno mientras caminaba por el pasillo calmando a los pasajeros; no le había hecho falta. A doce mil metros no debería haber podido respirar, pero el aire que entraba por la salida de emergencia le recordaba una tibia brisa que soplaba en el hogar de sus padres, la granja en Iowa. Apartó el pensamiento hacia el fondo de la mente. Tenía que concentrarse.

—Diez mil metros —dijo por el altavoz.

Ergot y Dina se tomaron las manos mientras el primer oficial anunciaba la altitud descendente. Ergot buscó palabras. Cualquier cosa era mejor que el sonido de su propia respiración reverberando en la máscara de plástico.

—Cuatro mil metros.

—Cuando salgamos de aquí… —empezó Ergot.

—… nos separaremos —completó Dina.

Las palabras se le escaparon. No las había planeado en lo absoluto, pero mientras las decía, ella supo que eran correctas. No podía quedarse con un hombre que prefería garabatear poesía antes que reconfortarla cuando más la necesitaba.

—Mil metros.

Ergot miró a la nube fuera de su ventana. Las uñas de Dina se le clavaban en la palma empapada. Pero acababa de decir que quería dejarlo ir.

El alba esperaba gris y traicionera

Tenía que escribirlo, pero ella le aferraba la mano de escribir.

—Quinientos metros.

En el avión todos contuvieron la respiración.

—Cien.

Se cerraron los anos.

—Cincuenta.

Alguien hizo el ruido de un ratón moribundo.

—Diez.

Graham, chorreando sudor por las patillas, las manos sudorosas en el comando, miró a la nube buscando por algo, cualquier cosa, sobre lo que poder aterrizar el avión de 120 toneladas.

—Cero metros.

Nada.

—Menos diez metros.

Las exhalaciones formaron un huracán de preguntas.

—Menos cincuenta.

Graham golpeó el puño sobre los instrumentos traidores mientras seguía bajando en espiral por debajo del nivel del mar. La presión del aire no era distinta aquí de lo que era a doce mil metros. A menos que estuviera volando sobre el Mar Muerto, los instrumentos tenían que estar equivocados.

—Mil metros bajo el nivel del mar —dijo, y se preguntó si el problema, en lugar de estar en los instrumentos, no estaría en el mundo mismo.

Cuando el primer oficial habló por los altoparlantes, Dina pudo ver sus calmos ojos azules.

—No sé qué decir. Deberíamos haber chocado con algo. Terremo, agua, hielo, árboles. La cabaña de una viuda en los Territorios del Norte. Algo.

Los altoparlantes hicieron *clic* y callaron.

Dina se quitó la máscara de oxígeno y exhaló tanto aire como pudo.

—Esto no puede estar pasando —dijo.

—¿Entonces no vamos a cortar? —respondió Ergot.

Ella se desabrochó el cinturón de seguridad.

—No se supone que abandonemos los asientos —dijo él.

—¡Las reglas se aplican muy bien aquí!

—No irás a saltar, ¿verdad?

—Tiene que haber alguna explicación para esto.

Ergot la miró moverse por el pasillo. Tenía una explicación: esto podría ser un recuerdo de ácido. Eso explicaría por qué Dina quería dejarlo. Él nunca había consumido ácido, pero la madre de Ergot le había regalado "viajes" prenatales. Antes de morir, solía relatarle historias de sus alucinaciones compartidas.

—Me siento como Jessica Atreides —había afirmado ella—. Luego de que consumió la especia, podía comunicarse con su hija en el útero. ¿No te acuerdas?

Él no se acordaba, pero su espina dorsal sí y de vez en cuando segregaba una pizca de ácido lisérgico para recordarle a la vieja Ma. Esos recuerdos, que venían en forma de breves sensaciones de ser sumergido en crema de maíz, o de que el empapelado del departamento que compartía con Dina interpretaba a Gershwin para él, no tenían nada en común con las horas que ya habían pasado en el avión.

Y por mucho que quisiera creer que todo esto era una locura temporal, había un hecho evidente que probaba que era real: en sus alucinaciones, él era un excelente poeta.

Eso quería decir que Dina realmente quería dejarlo.

Otros pasajeros tuvieron la misma idea que su novia; se movieron hacia el frente del avión en busca de respuestas.

Ergot buscó la suya en su cuaderno.

Dina se detuvo a un metro de distancia de la abertura en el fuselaje del avión. Esperaba vientos que la golpearan y cambios de presión que le destrozaran los oídos, pero lo único que encontró fue una brisa amable y floral. Otros pasajeros se le unieron.

—Quizá nos estrellamos —dijo un hipster vestido con una camisa arrugada de franela—. Y esto es el más allá.

—Quizá volamos dentro del Triángulo de las Bermudas —dijo una mujer que se teñía el pelo dos tonos demasiado oscuro.

—Estábamos volando encima del Ártico —dijo Dina—. Nunca supe del Paralelogramo de la Isla de Baffin.

—Quizá hemos volado hacia otra dimensión —dijo el primer oficial. Cuando Dina y los otros se volvieron para mirarlo, continuó: —No se preocupen, el avión tiene el piloto automático. Y si hubiera algo con qué chocarse, creo que ya lo hubiéramos chocado. Ahora, ¿podrían alejarse de la salida de emergencia? No es segura.

—¿Ese es su plan? —preguntó Dina—. ¿Apartarse de la salida?

Graham miró a la mujer de arriba abajo. Recordaba de antes a la morena bonita, y era aún más bonita cuando se enojaba.

—Si usted sabe lo que está pasando, soy todo oídos.

—Soy una nutricionista —respondió ella—. No tengo idea. Pero este avión está lleno de gente. Alguien debe saber algo.

El modo en que sus rizos enmarcaban su rostro le recordaron a una chica en el secundario de cuyo nombre no se acordaba pero a la que siempre se le veía la tira del sostén sobre el hombro derecho. Nunca había tenido a una mujer en la cabina; todos los otros pilotos que conocía lo habían hecho.

—Tiene razón —acotó él—. Alguien debe saber algo. Y usted dice ser una nutricionista, ¿verdad? Muy bien. Quédese por aquí. Podríamos estar en este vuelo por un largo tiempo; podríamos necesitar sus consejos.

El sistema de altavoces crujió sobre la cabeza de Ergot.

“Hola, amigos. Estamos un poco desconcertados. Si hay a bordo algún físico, meteorólogo, sacerdote, rabino, imán, ingeniero o algo parecido, ¿podrían venir a verme en la sección de Primera Clase para tratar de resolver esto?”



Ilustración: Pedro Bel

Los pasajeros que se consideraban “algo parecido” pasaron al lado de Ergot. Su madre, él estaba seguro, los habría acompañado, enturbiando la conversación con su sabiduría filtrada a través de su religión/filosofía personal, un rejunte aturdido por las drogas que Ergot llamaba “budistismo”.

Ergot decidió que hacía mejor uso de su tiempo quedándose en su asiento. Estaba inspirado. Las palabras le brotaban. Antes de darse cuenta cabalmente de ello, estaba escribiendo en la contratapa de su cuaderno. Revolvió la cartera de Dina hasta que encontró su libro de sudoku y empezó a llenar los espacios en blanco entre los problemas.

Mientras escribía, intentó aceptar que ella lo dejaría. ¿Por qué no había de hacerlo? Como vendedor de bañeras era inferior a la media, y como poeta, su verdadera vocación, todavía le quedaban medio millón de palabras antes de ser competente. Quizá cuando llegara allí, cuando escribiera el tipo de poema que realmente mostraba sus sentimientos, ella cambiaría de idea. Se dio cuenta de que eso era rayano en autoengaño adolescente, ¿pero qué otra cosa le quedaba?

Dina y los otros discutieron el problema por casi tres horas. Los dos físicos discutieron sobre estratificación en las capas de vapor de los gigantes de gas. El único químico se mostró de acuerdo con el dentista en que debían tomar una muestra de la nube para determinar si era tóxica. Los ingenieros querían diseñar un dispositivo para bajar a alguien a la nube, pero no pudieron decidir si usar cinturones de seguridad o frazadas para la soga. El sacerdote hindú, el rabino, el imán y el ministro recomendaron orar, aunque estaban en

desacuerdo en el destinatario de las plegarias. El único filósofo, un doctorando, decidió que tenía que elegir un nuevo tema para su tesis. El meteorólogo pronosticó más nubes.

Dina calculó cómo racionar mejor la comida restante. Mientras hablaban, tomeró la atención del primer oficial. Conocía ese tipo de hombre: rubio, bronceado, una sonrisa calculada para provocar la reacción eléctrica que ella estaba permitiendo que le produjera. Cuando terminó la conferencia, él se ofreció a ayudarla a revisar las raciones restantes.

Mientras revisaban cajas tibias de pollo *à la King* y pasta con salsa marinara, él dijo:

—¿Le gustaría ver la cabina?

—Debería ver si tienen refrigerios en el fondo del avión —respondió ella.

Cuando Dina volvió a su asiento, Ergot le estaba llenando el libro de sudoku con su supuesta poesía.

Veinte horas dentro de la nube. Thurgood Strombolite, de un metro ochenta y cinco de altura y ciento sesenta kilos de peso, se sentaba en la última fila al lado de los ya asquerosos excusados. Subió al máximo la música de los auriculares para no tener que escuchar al viejo que se debatía dentro del excusado a sus espaldas, pero la música no subía bastante de volumen. Se oyó el mecanismo del excusado, se abrió la puerta. Emanó una pestilencia que produjo arcadas a la gente que lo rodeaba.

Thurgood se metió el puño en la boca, con lágrimas en los ojos. Ese era su castigo por sus décadas de beber y pelear, pero sobre todo por esa noche, hacía tantos años, en la casa de su prima. El viejo afeitado pasó delante de Thurgood, se detuvo, se aferró el vientre y volvió hacia el excusado.

—Pensé que había terminado —dijo mientras corría hacia el inodoro.

—Me harté —dijo Thurgood.

Se levantó con dificultad del asiento, caminó hacia la parte de atrás del avión, abrió otra puerta de emergencia y realizó un elegante salto de cisne hacia el grisor.

Dina caminó por el pasillo y trató de calmar a los pasajeros que tenían la misma idea que Thurgood.

—Vamos a lograrlo —dijo, haciendo eco al primer oficial que hacía lo mismo en la fila de enfrente—. No se preocupe. Llegaremos pronto.

Dejó que el primer oficial se detuviera en la fila de Ergot.

Una vez que los pasajeros se calmaron, Dina envió a las asistentes de vuelo con porciones cuidadosamente racionadas de comida de aerolínea. Dado que era un vuelo internacional, estaban mejor aprovisionados que un vuelo doméstico, pero realmente no había suficiente para más que algunos cientos de calorías por persona, incluyendo las bebidas. Al menos los niveles de agua potable no habían disminuido. Como con el combustible, los medidores indicaban que no habían usado una gota de agua potable desde que habían entrado a la nube.

El tentempié calmó a los pasajeros. Dina permaneció al frente del avión, con las asistentes de vuelo, revisando las porciones restantes una y otra vez para asegurarse de que cada quien recibiera la porción justa.

Ergot terminó con el libro de sudoku y recorrió el avión buscando más papel. Varios paasajeros le ofrecieron sus cuadernos y sus diarios, los que él acumuló en el compartimiento superior de su asiento. En lugar de un título como *Poesía en movimiento*, bautizó a cada cuaderno en el número de palabras que estimaba poder hacer entrar en ellos. Con los cuadernos que había acumulado, llegaría a estar a unas doscientas mil palabras de la marca del millón. Y realmente estaba mejorando.

Un día más tarde, Dina ayudó a las asistentes de vuelo a entregar otra comida racionada. El desayuno consistió en dos pretzels, cinco maníes salados y unos pocos tragos de jugo de naranja o cerveza por persona.

—¿Esto es *kosher*? —le preguntó el viejo que se había sentado al lado de Ergot.

—Los pretzels sí, creo —respondió Dina.

El viejo le tiró los maníes en la cara.

Eso enardeció a la multitud. Lanzaron puñados de nueces y *pretzels* a Dina y las asistentes de vuelo. Mientras los pasajeros se levantaban y saqueaban los carritos de comida, Dina corrió al frente del avión y golpeó en la puerta de la cabina.

Graham abrió la puerta. Volaron puños, lloraron bebés y se lanzó gente hacia las salidas de emergencia. La bonita nutricionista morena se interpuso entre los líderes de la turba y el hueco abierto en el abión. Graham la tomó de la mano y la metió en la cabina mientras pasajeros furiosos se lanzaban hacia el grisor.

Trabó la puerta detrás de ella.

Ergot dejó de intentar reseñar la revuelta cuando se dio cuenta de que Dina no estaba sentada a su lado. Soltó el cuaderno y se lanzó al pasillo. Aire tibio perfumado de pétalos de rosa penetró en el avión al abrirse más salidas se

emergencia y lanzarse las puertas hacia el grisor.

En su visión periférica, Ergot vio gente revoloteando fuera del avión. Más tarde, escribiría:

Semillas de un arce de primavera / esperando renacer / rezan al viento

Recorrió la totalidad del avión. Un flequillo de rizos castaños flotó en la brisa or encima de las salidas de encima del ala derecha. La agarró, pero los rizos eran de una adolescente que miró a Ergot, se encogió de hombros y después caminó hacia el ala donde se quedó mirando el grisor por un momento antes de saltar. Más gente se lanzaba hacia la aurora —*"gris e insaciable"*— mientras él buscaba la cara de ella entre los pasajeros.

Mientras más y más pasajeros desembarcaban, Ergot se ponía frenético. ¿Habría sido una de las primeras en saltar? ¿De qué servía su puta poesía si ella ya se había ido?

Revisó cada sanitario y golpeó en la puerta del piloto, gritando el nombre de Dina. El piloto respondió algo que Ergot no llegó a entender.

Cuando los últimos pasajeros terminaron sus partidas no anunciadas, Ergot volvió a su asiento, sacudiéndose. Quedaban menos de la mitad de los pasajeros. Permaneció sentado durante un largo tiempo mirando a la pantalla del respaldo del asiento de adelante en el que estaba en pausa la película que Dina había estado mirando. No se acordaba cuándo había sido la última vez que ella se había sentado a su lado.

En algún momento encontró el cuaderno, titulado "Veinticinco Mil", y vertió su dolor en la página.

Dina emergió de la cabina y se apuró a ir al baño de primera clase. Se limpió lo mejor que pudo. Su piel todavía cosquilleaba donde los dedos del piloto habían presionado su carne, donde su lengua la había lamido.

—Si vamos a volar para siempre aquí —había dicho él—, estaré feliz siempre y cuando estés conmigo.

Tonterías románticas poscoitales, ella lo sabía, pero fingir era divertido.

Caminó hacia atrás en el avión hasta la fila que olía a Ergot.

—¿Sigues escribiendo? —preguntó.

Él tiró el cuaderno cuando ella habló y le rodeó la cintura con los brazos.

—Pensé que habías saltado —le dijo él hablándole a su vientre.

—¿Entonces qué? —preguntó ella—. ¿Nos quedamos aquí sentados?

—Ten la puta seguridad de que no nos vamos a sentar aquí —respondió él. Abrió el compartimiento superior y volcó una pila de libros en su bolso de mano—. Nos vamos a primera clase.

Ergot dejó el bloc en el piso donde había caído. ¿Qué importaba? Ella estaba viva. No sabía dónde había estado y algo en la manera en que ella rehuía su mirada y en su cabello despeinado y el botón que le faltaba a su camisa le dijo que no debía preguntar. Ella estaba aquí. Era todo lo que importaba.

Se acomodaron en los asientos de primera clase que ahora estaban disponibles. Otros pasajeros habían tenido la misma idea. Ergot nunca había disfrutado de semejante lujo. Una serie completa de películas nuevas estaban disponibles en una pantalla del doble del tamaño de las agotadoras pantallas de la sección económica. Dina estaba feliz de ver una película con él (uno de los clásicos en blanco y negro que tanto le gustaban) y después se quedó dormida.

Mientras ella dormía, Ergot abrió un nuevo cuaderno y describió en verso su apariencia al dormir. El aroma florido del amanecer llenaba el avión pero él pensó haber detectado algo más en ella, un aroma que no podía identificar y que su mente le decía que era mejor ignorar. En sus poemas, ella se convertía en una ninfa, una diosa, una grulla esbelta, mientras avanzaba más y más hacia el momento de ser un poeta competente.

Nubes ininterrumpidas llenaban el parabrisas en frente de Graham. ¿Por cuántas semanas las había estado mirando? ¿Dos? ¿Tres? ¿Podrían ser cuatro? No podía acordarse.

La morena, inclinada sobre el panel de instrumentos, presionaba su trasero contra las caderas de él. Graham parpadeó y retomó sus embestidas.

Luego de terminar, siguió mirando por la ventana.

—¿Qué ves allá afuera? —preguntó ella.

Graham no contestó. La escuchó volver a deslizarse dentro de su ropa, que apestaba a sus sesiones de sexo y el sudor de ella y la desesperación creciente de él. La puerta de la cabina se cerró con un chasquido cuando ella salió.

¿Cuántos pasajeros habían saltado ya? ¿Dos tercios? Quizá incluso tres cuartos de los pasajeros que habían empezado el vuelo con él. Se preguntó qué habrían encontrado en la nube.

El golpecito vacilante en el hombro de Ergot lo desconcentró. Un hombre negro con gruesos montículos de caspa sobre los marcos plásticos de sus anteojos le pasó a Ergot una bolsa de compras llena de libros.

—Supe que está buscando material en donde escribir —dijo—. Ya los terminé. Debe quedar algún espacio en blanco que usted pueda usar.

—Gracias —respondió Ergot.

—¿Qué escribe?

—Poesía.

—¿Ningún cuento, novela, nada de eso?

—Sólo poesía.

—Lástima —respondió el hombre—. No leo poesía. Cuide esos libros.

Luego salió por la salida de emergencia y cayó hacia el amanecer. Ergot delineó su caída en su verso, con las palabras trazando un arco parabólico a lo ancho de la página. Y era bueno. Realmente bueno. Estaba cerca de la marca del millón. Quizá a unas cien mil palabras. La punta de su pluma vibró, una energía que fluía desde la pluma a sus dedos, hasta la muñeca y el codo, luego el hombro, el cuello, y cuando esperaba que se dirigiera hacia su cerebro, descendió. Hacia su entrepierna.

¿No eran las gónadas la fuente de toda poesía, de todo arte? Los que eran demasiado débiles para luchar por una compañera extraían la belleza del universo y la volcaban en la pared de la caverna para atraer una compañera. Su arte, lo sabía, sólo estaba destinado a ella. Pero todavía no estaba listo. Incluso con las novelas del hombre negro, todavía no tendría suficiente papel para llegar al millón de palabras.

Inspiró y miró a lo largo del avión. Asientos vacíos, paredes en blanco, piso alfombrado y techo de plástico. Y sonrió. Había hallado sus páginas.

Dina caminó por el pasillo entre los habitantes en disminución del avión.

—¿Cómo va el videojuego? —le preguntó a un chico que jugaba con una consola portátil. El chico gruñó y siguió jugando.

—¿Aún sigue haciendo flexiones de brazos? —le preguntó al abogado del traje sucio.

—Todas las mañanas —respondió él—. ¿Encontró otra cosa para comer?

—No, lo siento.

No quedaba comida, la habían consumido hacía semanas, pero para sorpresa de Dina, no la necesitaban. Los primeros días todos habían querido

comer —era un hábito difícil de vencer—, pero después de superar la dependencia mental de la comida, Dina descubrió que su falta no les causaba daños físicos. Era como el avión, que seguía consumiendo el mismo combustible para seguir en vuelo, y la pluma de Ergot, que nunca se quedaba sin tinta. Después de soportar tantas sorpresas, incluyendo el hecho de que ahora ella oficialmente se estaba cogiendo al primer oficial, esto no debería haberla sorprendido tanto, pero la sacudió. Comer era su profesión y su pasatiempo favorito. Lo que fuera este lugar, también le había quitado eso.

Siguió avanzando por el pasillo. Todos tenían alguna cosa que los retenía en el avión. Se detuvo al lado de un artista que trabajaba en sus dibujos con una carbonilla que nunca se gastaba. Varios artistas por computadora creaban formas brillantes en sus computadoras. Unos pocos hombres y mujeres, como el abogado, se obsesionaban por su estado físico. La familia mormona sobre las alas pasaba todas las horas rezando.

Mientras pasaba, la matriarca le dijo:

—¿Quieres acompañarnos hoy, querida?

—Sigo siendo católica.

—A nosotros sigue sin importarnos —le respondió la mujer.

Dina pasó a su lado. Otros pasajeros subsistían a fuerza de entretenimiento. Algunos leían novelas, como el hombre negro que acababa de lanzarse por la salida, y otros miraban películas y TV.

Hacia el final del avión, se encontró con un hombre y su computadora. En sus semanas de andar por el pasillo, no recordaba haberle preguntado nunca en qué estaba trabajando.

—¿Qué te retiene en el avión? —le preguntó.

—Internet —respndió él.

—¿Qué sitios?

—Todos. Escribí un programa que se asegura de que nunca visite la misma página dos veces. La mayoría es bastante aburrida, el resto es porno, pero es mejor que tirarse por la puerta. ¿A tí qué te retiene?

Dina parpadeó. Nunca nadie se lo había preguntado antes. Raramente hablaba con Ergot, pero cuando lo hacía, él le aseguraba que le tendría un poema si esperaba un poquito más. Así que ella esperó y se cogió al piloto. No creía que Ergot lo supiera. No estaba segura de importarle si él se enteraba. Tampoco estaba segura de por qué le importaba el maldito poema de él.

—Cuido a todos los demás —respondió Dina—. Con eso me alcanza.

Cuando la chica entró en la cabina, unas ocho semanas de haber entrado en la nube, Graham entendió.

—Estamos atorados en el amanecer —dijo mientras ella se sacaba la camisa que se había sacado tantas veces antes—. En el momento exacto en que el sol surge sobre el horizonte y vuelve a traer la luz al mundo.

—Hagámoslo distinto hoy —pidió ella mientras él se sacaba la gorra —. Sorpréndeme.

—El amanecer siempre se mueve en torno a la tierra, persiguiendo siempre a la noche y dando a luz al día. Da vueltas y vueltas y vueltas, y de algún modo nos ha arrastrado con ella.

Dina le tapó la boca con la mano. No necesitaba dos poetas en su vida.

Ergot compuso una cuerteta en la última porción de pared desnuda en la parte de atrás del avión. Luego se pudo de pie; las paredes y el techo del avión estaban cubiertas de su poesía. Todos los asientos desocupados también estaban poblados de versos. Hasta las paredes internas de los excusados estaban llenos de su graffiti poético.

En algún momento en torno a la fila veinticuatro había pasado la marca del millón de palabras, pero para su sorpresa, seguía mejorando, así que continuó. Todavía no era Keats o Whitman, pero mejoraba con cada pasada de su pluma de punta de fieltro. Sólo necesitaba más superficie.

Una parte del avión todavía estaba libre de poesía: la cabina. La había evitado las últimas semanas. No quería molestar al piloto, que estaba ocupado manteniéndolos vivos a todos. Dina iba a verlo de vez en cuando; la había visto entrar casi cada día. Estaba allí ahora mismo. Seguramente no les importaría si también les llenara las paredes interiores.

Mientras caminaba hacia la cabina, intentó reprimir lo que había temido tanto tiempo: Dina había dicho que quería romper con él cuando aterrizaran. No habían aterrizado, aún no, de modo que aún estaban juntos. Pero no estaban juntos. Como el gato de Schrödinger, su relación estaba a la vez viva y muerta, y no quería ser quien abriera la caja para colapsar la dualidad.

Escuchó movimiento en la cabina. No debería ser necesario que llamara, ¿cierto? Debería poder entrar directamente.

Entró con su pluma por delante.

Dina escuchó abrirse la puerta pero no se molestó en darse vuelta para ver quién había entrado. Mientras el primer oficial la trabajaba, ella miraba

el grisor. Incluso luego de todas aquellas semanas, no había cambiado. Nada podía permanecer igual por tanto tiempo.

—¿Dina? —dijo Ergot.

Se detuvo en la puerta, con su pluma negra de punta de fieltro aferrada como un arma patética, y en el rostro una expresión como la de un niño que acaba de confirmar sus sospechas sobre el Conejo de Pascua.

—Un minuto —dijo el primer oficial.

Ergot dio un paso atrás.

—Ergie, espera —dijo Dina.

Ergot dejó que la puerta se cerrara.

Dina se deslizó de abajo del primer oficial. A él no pareció importarle. Ella volvió a vestirse y se encontró que Graham se había acomodado, desnudo, en el asiento. Tomó el comando.

—Voy a intentar bajarnos —dijo.

El amanecer terminaba en el suelo, decidió Graham. Si sólo pudieran tocar el suelo, escaparían el amanecer perpetuo. Entonces podría abandonar el maldito avión.

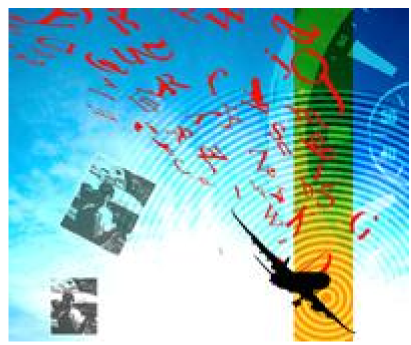


Ilustración: Pedro Bel

Emmpujó el comando hacia adelante y el avión se inclinó en barrena.

Dina se apuró a entrar en la cabina de pasajeros. De la docena de personas que permanecía en el avión, ni uno de ellos era Ergot, aunque había dejado su marca. Había poemas cubriendo cada superficie: los asientos, las paredes, incluso los folletos de procedimientos de emergencia de los bolsillos de los respaldos. Y en muchas de esas palabras Dina se encontró a sí misma.

El avión se inclinaba frente a ella como una colina empinada. Se impulsó hacia adelante, usando los asientos como asideros.

—¿Has visto al poeta? —le preguntó al chico de la consola, que gruñó.

—¿Dónde está Ergot? —le preguntó al abogado que estaba haciendo dominadas en el compartimiento superior del asiento. Él negó con la cabeza.

—¿Mi novio? —les preguntó a los mormones.

—Rezaremos por él —respondió la matriarca.

Entonces llegó al asiento del Completista de Internet.

—Por favor dime que lo viste —pidió ella.

—Nop —dijo el Completista—. Pero leí que normalmente hay una escotilla que lleva hacia el compartimiento de equipaje de abajo, en alguna parte del área de pasajeros.

Volver hacia el frente del avión era como caer. Cerca del compartimiento donde solían sentarse las asistentes de vuelo, encontró la escotilla. La abrió y descendió por una estrecha escalera.

Ergot se sentó al lado de un maletín abierto. Garabateaba letras negras en la camiseta de alguien y al hacerlo contaba en su mente: 1.273.462; 1.273.463; 1.273.464. En torno a él los otros maletines se movían y gruñían al adoptar el avión un ángulo aún más empinado.

—Tenemos que irnos —dijo ella.

—¿Por qué no te vas con él? —respondió Ergot, que siguió garabateando.

—Léemelo. Ahora eres lo bastante bueno, ¿verdad?

Él asintió. Era lo bastante bueno. Pero no había terminado. Demonios, apenas estaba empezando.

Ella le tocó la mano. Lo alejó del maletín y de todas las superficies que podía llenar con palabras. Tinta permanente, eso prometía su pluma de punta de fieltro. ¿Y acaso no era para eso la poesía? Si no podría convencer a los seres amados de retribuirnos ese amor, al menos podría dejar una marca en el mundo, mostrar que estuvimos allí.

—Lo siento, Ergie. Debemos irnos.

Lo condujo hacia la escalera y subieron al avión. Los otros pasajeros se quedaron en sus asientos, tan absorbidos en sus libros o computadoras o lo que fuera que los fascinaba tanto que podían ignorar la fuerte inclinación del avión y el gemido de los motores mientras el primer oficial detrás de la puerta cerrada apuntaba a algún lugar que él creía que podía terminarlo todo.

Condujo a Ergot a la salida de emergencia más cercana. Flotaba a su lado un aire calmo que olía a flores de primavera. Jazmín, quizá. Y la nube

gris, interrumpida sólo por la larga curva del ala.

Un ala blanca y vacía.

—Todavía tengo tanto que escribir —dijo él.

—Siempre tendrás más para escribir —respondió ella—. Pero yo me voy. Puedes venir conmigo o quedarte.

Él miró la camiseta que tenía aferrada en la mano y la blanca superficie del ala. Tantas palabras podrían entrar en esa superficie estrecha. Y luego miró a Dina. ¿Hacía cuanto había mirado por última vez esos ojos grises? Mirado de verdad.

Cuando lo hizo, no pudo encontrar una sola palabra que les hiciera justicia. Después de tantos cientos de miles, no podía entrar ni una sola palabra que fuera suficientemente buena para ella.

—¿Vienes conmigo? —preguntó ella.

Él le tomó la mano.

Saltaron.

Mientras caían, giraron para ver el avión zambullirse detrás de ellos.

Ergot rió mientras susurraba en el oído de Dina:

Una gaviota blanca y solitaria,
sus entrañas llenas de poesía,
caga un guano infrecuente
que nunca será recogido.

El avión se desvaneció en el grisor y quedaron solos, descendiendo. Ninguno de los dos sabía si el descenso terminaría, o cuándo, pero se abrazaron y compartieron palabras en susurros, en el viento con aroma a flores.

Los cuentos premiados de Geoffrey W. Cole han aparecido en las publicaciones *Apex*, *Clarkesworld*, *EscapePod*, *New Worlds* e *Imaginarium 2012: The Year's Best Canadian Speculative Writing*. Textos suyos han sido traducidas al catalán, francés, húngaro, italiano, rumano y español y han sido producidos como *podcasts*. En 2016 ganó el *Premis Ictineu* para la mejor historia traducida al catalán.

Geoff tiene licenciaturas en biología e ingeniería y un *Master of Fine*

Arts **en escritura creativa de la Universidad de Columbia Británica. Vive con su maravillosa esposa, sus tres hijos y un gigantesco sabueso en Toronto, Canadá. Es miembro de SF Canada y la SFWA.**

Visite a Geoff en http://www.geoffreywcole.com.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: ENSEÑANDO A LEER A PIE GRANDE (nº 222), SOBRE LOS DIVERSOS USOS DEL CEDRO (nº 229)

Iris

Agustín Condomí Alcorta

 **ARGENTINA**

1

Iván se sentó en el borde de la cama.

—No vamos a vernos más.

Ingrid, como él la llamaba, levantó la cabeza de la almohada y se apoyó sobre el codo.

—¿Y por qué?

—Porque no estoy pudiendo manejar nuestras grabaciones. Las veo todo el tiempo.

—¿Pero, por eso, hace falta que no nos veamos más?

—Sabés que Iris no es joda, nena. Tengo que cortar con todo, con verte y también con usar las reproducciones.

—Podés venir todos los días. Así no necesitás usar tanto el sistema.

—No. No puedo.

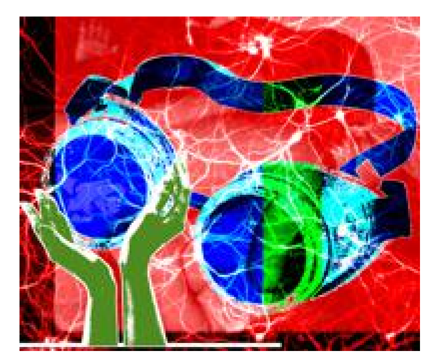


Ilustración: Pedro Bel

Iván se vistió y se fue sin saludarla.

Bienvenido a Iris, tu Interfaz de Red Individual Subcutánea.

¿Qué te gustaría ver hoy?

Iván apretó con fuerza el puño.

—¡A Ingrid quiero ver! ¿Qué voy a querer ver?

Gracias por seleccionar la galería de recuerdos, sujeto: Ingrid.

¿Desea ver las representaciones en formato de tres dimensiones o inmersión total?

—¡No me lo preguntes más! ¡*Siempre* inmersión total! Y quiero ver la reproducción de ayer. Ahora.

2

—Boludo —le dijo Iván a su amigo Félix, mientras revolvía el café apoyado en la mesada—, ¿vos viste lo que es la inmersión total? ¿Cómo hago para no entrar? Decime, y yo lo dejo de hacer.

Félix resopló.

—Mirá, Ivo, dosificalo un poco. No sé, mirala sólo a la noche, antes de dormir. Te hacés una buena paja y dormís tranquilo.

Iván se refregó la cara, y se sentó para tomar el café.

—No, no. Imposible, ya traté.

—Te vas a pasar, boludo —le advirtió Félix—. Y viste cómo terminan algunas personas: sin iris y sin vida.

—Eso ya lo sé. En principio la voy a dejar de ver. Ya se lo dije a ella.

—Eso va a ser peor. Pensá: te va a garrar la abstinencia y vas a estar hecho un enfermito.

—No sé qué va a ser peor, pero algo tengo que inventar. O ver a otra mina, no sé. Pasa que ella es espectacular, boludo.

—Si no, internate y listo. Cortá de cuajo. Así, de una.

—No, chabón. Ahí te sacan iris, y quedás al margen de todo por el resto de tu vida.

—Entonces, amigo, te queda nada más que la fuerza de voluntad, ¿qué querés que te diga?

3

Iván estiró la mano hasta la cama virtual, donde las imágenes de Ingrid y de él mismo tenían sexo. Eran nada más que recuerdos, pero él nunca dejaba de asombrarse con la inmersión total. Aunque a veces no sabía si la fascinación era por la experiencia en sí, o por verse penetrando a Ingrid como un salvaje.

Pensaba que era lo primero, y después se daba cuenta que la reproducción ambiental era sólo una excusa. Lo atractivo era sentir todo y

verlo como un testigo. La conexión que hacía iris a la red neuronal lo permitía.

Pero hasta esa experiencia se le estaba volviendo rutinaria. Él necesitaba renovar el stock de recuerdos. Y la única manera de hacerlo era viendo a Ingrid en persona.

—Estás distraído, amor —dijo Ingrid, cuando Iván se tiró en la cama al lado suyo—. ¿Te pasa algo?

—No. Estoy cansado. No pasa nada.

Iván se quedó boca arriba, con la mirada clavada en el techo, y sintió que los ojos se le volvían lechosos. Sabía que Ingrid lo observaba mientras él procesaba la información en iris.

—Contame —dijo ella—, ¿te tocás cuando ves las filmaciones?

—A veces sí, a veces no hace falta. Acabo igual.

—¿Y ahora estás viendo lo de recién?

Iván pestañó, y sus ojos volvieron a ser azul claro.

—Un resumen, sí. Pero nada más que para ver que haya quedado todo bien.

—Parece que sí —dijo ella sonriendo—, porque estás duro de nuevo.

Iván se apoyó en el respaldo de la cama.

—No es nada. Me tengo que ir, ¿sabés, linda?

—¿No querés que te toque por lo menos? Así no te vas así, todo tenso.

—No, gracias. Otro día nos vemos.

—Sí, cuándo estés aburrido.

Iván la miró fijo.

—Nunca pensé que *vos* me podrías hacer un reclamo de algo.

—¿Y por qué? ¿No puedo sentir nada? Cuando tenemos sexo, siento.

—Bueno —dijo él, y le dio un beso en la boca—. Sos hermosa. Chau.

Esa misma noche, mientras Iván se calentaba la comida en una cacerola, su deseo fue más fuerte que su voluntad.

Abrió la reproducción de la última sesión con Ingrid, y la vio hasta que tuvo el orgasmo al mismo tiempo que en iris, pero con más intensidad.

La comida se estropeó. Terminó por recalentar algunas sobras que había en la heladera, y se acostó pensando todavía en la sesión.

4

—Esta semana es la tercera vez que venís, mi vida. Qué lindo. Y pensar que no nos íbamos a ver más.

—Sí —contestó Iván desnudándose de la cintura para abajo—. ¿Querés ir directo a lo que importa?

Ingrid gateó por el piso hasta el borde de la cama y empezó a lamerlo desde las rodillas para arriba. Él cerró los ojos y la agarró de la cabeza, sin hacer mucha fuerza.

—Me encanta lo que importa —dijo ella, llegando a los muslos.

—Qué bueno. Porque hoy me quedo el doble de tiempo, así que vamos a hacerlo bien intenso.

—Voy a poner toda mi energía en eso, amor.

5

Un llamado lo despertó en el mejor momento de un sueño con Ingrid.

—Ivo, nene —dijo Félix—. Te llamé al laburo, ¿en qué andás?

—Hola, gato. Acá, en casa. Me tomé unas semanas de vacaciones.

—Qué bueno, papá. ¿Aprovechamos para vernos?

—Dale, sí, sí, arreglamos. ¿Cuándo querés?

—Voy ahora, ¿te va? Almorzamos algo y charlamos. Yo ya estoy saliendo de la oficina.

Iván miró el reloj. Tenía un encuentro con Ingrid.

—Ahora no puedo —le dijo a Félix—. ¿Te parece mañana a la tardecita?

—¿Qué, andás ocupado en las vacaciones? Bueno, dale, no pasa nada. Hablamos mañana temprano así confirmamos.

—No, no, quedemos. Venite a las cuatro. A esa hora ya estoy acá.

—Listo, hermano. Hasta mañana. Abrazo.

6

Iván vio las diez llamadas perdidas de Félix, recién a las cinco de la tarde. Pero antes de enfrentarlo quería a llegar a su casa, ver el último encuentro con Ingrid y recién ahí prepararse para hablar con su amigo. Ese día había

estado con ella más tiempo de lo que hubiese querido, y las piernas le temblaban. En eso la enviaba un poco, ella siempre terminaba de la misma manera que empezaba: radiante como ninguna.

Llegó a ver apenas media hora de la grabación antes de que el sueño empezara a ganarle la pulseada. Se levantó del sillón y lo llamó a Félix.

—Amigo, perdoname. Soy un pelotudo.

—Más vale que sos un pelotudo. Estuve una hora en la puerta de tu casa, y ni siquiera levantaste los llamados. ¿Qué te pasa, boludo?

—Sí, ya sé, papá. Te voy a compensar. Promesa.

—Sí, no sé. No me claves más y listo, con eso alcanza.

—De una. Venite a comer ahora. Yo invito.

—Oka, voy. Pero no me garques, eh.

—¡No! ¡Dale, te espero!

La visita fue apenas una cena, una charla fría y una cerveza. Félix tenía que trabajar temprano. Iván quería usar iris.

Después de esa noche, dedicó lo que le quedaba de las vacaciones a Ingrid. Lo que hubiese gastado en viajar, lo gastó en ella. Sin distracciones.

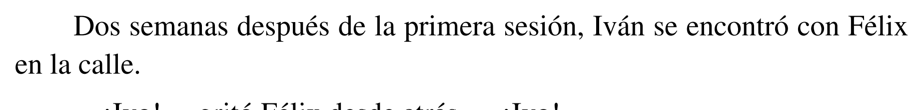
7

Una mañana, camino a verla, entró en un local que vendía paquetes virtuales para iris. Ofrecían un mundo alternativo donde los usuarios podían armar una segunda vida, y desde ahí tener sesiones sin interrupciones externas. La primera era gratis, y libre de tiempo.

Pero empezar una segunda vida en la Híper Realidad Virtual iba a demandar mucho más tiempo del que disponía. Tenía que encontrarse con Ingrid y ofrecerle importarla a su nueva vida. Necesitaba tenerla siempre a disposición.

Una semana después de empezar con su nueva vida junto a Ingrid, desde el servidor del programa le ofrecieron realizar actividades sociales en el mundo virtual. A cambio le daban una suscripción ilimitada. Aceptó. Ingrid estaba con él, y todo se sentía tan vívido como en el mundo real. Mientras estuviera conectado y lo alimentaran por sonda, no necesitaba volver muy seguido.

Para que pudiera cumplir mejor con las obligaciones, lo mudaron a un piso con veinte puertos de conexión, bien adaptados para sesiones de hrv prolongadas.



Dos semanas después de la primera sesión, Iván se encontró con Félix en la calle.

—¡Ivo! —gritó Félix desde atrás—, ¡Ivo!

—Ey, ¿qué hacés, amigo?

—Bien preocupado, boludo. Hace quince días que nadie sabe nada de vos. Estás reflaco. ¿Cómo podés estar así?

—Pará, chabón, no te preocupés. En serio. Mirame, estoy perfecto.

—Dale. Buenísimo, me quedo retranca. —Félix hizo una pausa, bajó los hombros y siguió—. ¿Estuviste con Ingrid todo el tiempo?

Iván se lo quedó mirando un par de segundos.

—Bueno, sí y no.

—No te sigo. A ver…

—Descubrí un mundo nuevo, papá. —Félix lo miraba cruzado de brazos—. Un mundo nuevo, una segunda vida. Y lo más loco es que como está conectado a iris es como si fuese real. Además Ingrid es compatible, y la importé, así que vivimos juntos ahí. Lo único que hacemos es garchar, comer, dormir y pasear por todos lados. Salvo cuando tengo que laburar para pagar la cuota.

—¿Trabajar? ¿No seguís de vacaciones?

—Sí, claro. Nada más estoy haciendo eventos sociales adentro del programa, para pagar. Me lo ofrecieron los diseñadores.

—¿Y qué hacés? ¿Vas y qué, te tomás un trago y charlás?

—Más o menos, después te cuento. Ahora voy a ver a Ingrid.

—¿Pero no estabas viviendo con ella ahí adentro?

Un llamado a su teléfono incorporado distrajo a Iván.

—Bancame que son los del programa. —Caminó unos pasos para alejarse de Félix—. Sí… Ajá. No, mirá, justo me estaba yendo a encontrar con alguien. Pasame para el próximo, yo a la noche me puedo conectar hasta mañana. Uh, bueno, en media hora estoy.

—¿Qué pasó, Ivo?

—Nada. Me tengo que volver a conectar.

—Pero recién salís. Anda a descansar. Mirate, estás piel y hueso, y tenés unas ojeras que te llegan hasta la pera, hermano. Bajá un cambio.

—No es tan fácil. En serio. Mañana hablamos. ¿Dale?

—Tamos. Pero cuidate, no seas pelotudo.

—Sí, dale. —Iván se concentró en sus mensajes, y lo despidió—: Otro día nos vemos.

—Pero… —Félix hizo un gesto con la mano—. Bueno, dale. Abrazo.

8

Iván entró en el piso tropezándose con la puerta. El encargado ya lo esperaba con el puerto de conexión preparado y una sonrisa.

—¿Che, pueden hacer esto de cortarme el plan por no cumplir con un evento? —dijo Iván acercándose al empleado—. Tuve que cancelar otro compromiso para venir acá.

—Mirá, Iván, yo nada más te digo lo que me informan a mí. Después, vos te manejás. Pero tené en cuenta que firmaste un acuerdo. Digo, tenés que cumplir, ¿no? Es lo más lógico.

—Bueno, no sé, no me cabió demasiado. ¿Tenés el teléfono de la oficina?

El encargado buscó una tarjeta electrónica y se la pasó.

—Tomá, ahí están los números y la dirección. Sentate, que ya te conecto, papi. Alto evento tenés hoy. Con gente grosa. Ya vas a ver.

Iván guardó los datos en su agenda personal de iris. De reojo vio que su silla no sólo tenía colgada una bolsa de suero, sino otras cuatro. Pero no había nadie sentado los otros puertos.

—¿Cuánto dura el evento, sabés? ¿No viene nadie más?

—Ni idea —dijo el encargado sin mirarlo—. Calculo que hasta que esta gente se aburra. Los que pagan, digamos.

—Bueno. Antes voy al baño, ¿dale?

—Sí, pero apurate que ya está arracando todo, eh.

El evento no fue tanto una fiesta, como sí una orgía en la que él y otros usuarios, mujeres y hombres, eran usados por quienes habían pagado la sesión. A él lo golpearon hasta dejarle la cara ensangrentada, y lo violaron hasta dejarlo inconsciente. Una y otra vez.

Fueron dos días en los que no hizo más que satisfacer las oscuras necesidades de gente desconocida, gente de rasgos esfumados y voces distorsionadas.

Parecía que no iba a salir jamás. Pero, al final, los dueños de la fiesta se desconectaron, y él terminó solo, tirado en una cama empapada de transpiración, sangre y alcohol.

Cuando se desconectó, seguía agotado. Se tanteó el cuerpo: no había marcas físicas de nada.

Caminó unos pasos hasta el encargado.

—No voy a volver. Avisale a tu jefe, ¿ta?

—Dale, le digo. Pero mirá que… —Iván hizo un gesto, y siguió hacía la salida—. Nos estamos viendo, Iván.

9

Aburrido de trabajar, Félix se tiró en el sillón y proyectó sobre una pared las noticias de la noche. En el segmento dedicado a la actualidad y sociedad mostraban el último operativo de la Agencia Nacional de Seguridad y Bienestar Virtual.

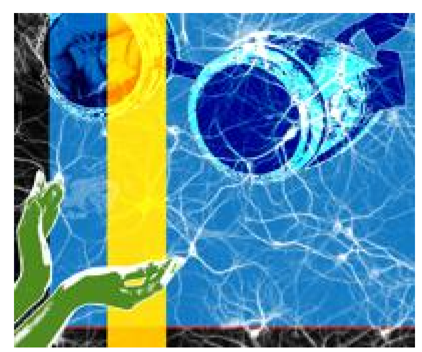


Ilustración: Pedro Bel

La notera seguía por un pasillo a los oficiales de la agencia. Mientras, alternaba la vista entre la cámara dron y ese pasillo, por el que iban y venían hombres de uniforme, de guardapolvo y de traje.

—Hoy se descubrió otro de los llamados nidos de HRV —dijo entusiasmada—. Había una decena de personas conectadas a un programa de segunda vida. Cuatro individuos masculinos se encontraban en un estado de desnutrición avanzado, usaban pañales para adultos que no habían sido cambiados en mucho tiempo. Y, cuando los sacaron de la sesión en la que estaban hundidos, casi no podían moverse.

»Una mujer directamente no pudo ser reanimada, y fue trasladada de urgencia a un Centro de Salud Gubernamental, pero falleció en el camino. Otros dos hombres y tres mujeres, según nos explicaron, estaban tan fundidos neuronalmente con el programa, que tuvieron que ser trasladados a una instalación del Ejército, para un futuro diagnóstico. Del paradero de estas últimas cinco personas no se nos brindó información alguna.

»En cuanto a los responsables del lugar: hay un detenido, que será

indagado por el juez de turno del sector sur de la ciudad de Buenos Aires.

»Seguimos conectados desde el lugar de los hechos.

»Muchas gracias, estudio.

Félix marcó el número de Iván, y no obtuvo respuesta. No obtuvo respuesta ni ese día ni el siguiente ni el siguiente.

Agustín Condomí Alcorta (Buenos Aires, 1982) es estudiante de la Licenciatura en Artes de la Escritura en la Universidad Nacional de las Artes (UNA). Publicó la novela *Imperio, condenados al olvido* (textosintrusos, 2017), y coordinó la antología *Frágil* (textosintrusos, 2018). Su relato *Una Nueva Era* fue finalista del FAUNA 2017 de la UNA. Tiene terminada una novela corta, y una obra de micro ficciones, ambos libros todavía inéditos.

Actualmente está preparando lo que será la segunda entrega de la saga *Imperio*.

Dúplex

Rodrigo Melerio

ARGENTINA

La enfermera había salido de la casa de la vieja hacia diez minutos, con el pelo revuelto, el labio cortado y jurando nunca regresar. Ramiro intentó alcanzarla para ayudarla y tal vez con suerte convencerla de que se quedara. El hijo de doña Filomena tardaría otros tres días en regresar de su viaje de negocios y lo mejor era que él se encargara de lo tocante a la salud de la mujer. Sin embargo fue inútil. La vieja se había vuelto tan agresiva como la enfermedad que cada día le mataba más y más neuronas. El mismo Ramiro solo hablaba con ella por el teléfono de su oficina, comunicado con cada una de las casas. La enfermera era quien podía entrar a los dominios de Filomena sin que le tiraran algo por la cabeza.



Ilustración: Pedro Bel

Ahora quedaba Ramiro como único contacto de aquella mujer con el resto del mundo. Vivía con su hijo en un dúplex; él ocupaba el piso de arriba, cerrado desde su partida. Con suerte volvería pronto y según la enfermera había suficiente comida para que Filomena aguantara. La casa contaba con un sistema de aire acondicionado automático que permitía pasar los calores del verano sin problemas. No era de extrañar, todas las viviendas de la calle eran modernas y hasta el despacho de Ramiro se consideraba un lujo para un guardia.

Regreso a este para sentarse frente al escritorio y tomar el teléfono. Marcó el número con pesadez, queriendo retrasar la distorsionada conversación. Sonó dos veces.

—¿Hola? —dijo una voz de campana.

—Hola, Mena —le gustaba que la llamaran así—. Soy Ramiro ¿Está todo bien? Recién la vi a la enfermera.

—Sí, sí. La nena es terrible, le cuesta seguir pasos. No sé de dónde la sacó mi hijo.

—No sé si va a volver, pero Lucas ya debe estar en camino. Igual sí necesitas algo decime.

—No querido, mi nene ya vuelve y lo resuelve todo. Estos inoperantes no me van a desanimar. Tenemos unos días hermosos últimamente ¿Para qué me voy a hacer mala sangre?

Ramiro se sintió satisfecho con esto y dio por terminada la llamada. Había hecho lo mejor que podía y nadie podía recriminarle nada. Lucas volvería pronto.

Un cuerpo se arrastraba veloz sobre el metal y sus garras lo hacían rechinar. Siseos de ultratumba llegaban hasta ella con un aire metálico y en la oscuridad del cuarto creyó ver el brillo de pequeños ojos. Se cubrió el cuello con las sábanas y contuvo sus temblores. Solo otro sueño, las mismas pesadillas vivientes que la visitaban cada noche. No tardarían en desaparecer. Cada vez le costaba más separar la realidad de la fantasía.

Se concentró en la pantalla llena de estática. Apenas podía oír al presentador del programa y eso la hacía enojar. Intentó subir el volumen, pero apenas levantó el control remoto la tapita se abrió y las pilas se salieron. Una aterrizó sobre la cama, pero la otra rodó hasta perderse entre las sombras tejidas alrededor del suelo. Hizo un vano esfuerzo por distinguir la figura cilíndrica.

Extendió un brazo tembloroso y empezó a palpar la alfombra con pálidos dedos de uñas rotas. Hacía calor y sudaba gordas gotas por todo el cuerpo. Era como si en su mundo solo existiera un negro mar sobre el que flotaba la cama, y el televisor blanco y negro como un viejo faro moribundo.

Había truenos en el cielo. No, no era cierto. Eran las pisadas de su hijo que buscaba algo entre los papeles. Tal vez uno de sus pasaportes. Era bueno que vivieran en la misma casa, le facilitaba las cosas a la anciana.

Tocó algo frío. Pensó que era la pila. Se equivocó. Ese se escabullo con rapidez ante el contacto. Contuvo un grito y retiró la mano de nuevo a la seguridad de las sábanas.

Los siseos se intensificaron. Se ramificaban a su alrededor ocupando todo el espacio disponible. Ya ni la estática del televisor podía ser oída. Las paredes retumbaban ante la infinitud de voces inhumanas que le pedían

respuestas ¿Dónde estaba Lucas? ¿Cuándo volvería? Eran como niños asustados y en parte se compadeció de ellos.

O así era hasta que uno de los pequeños empezó a trepar por uno de los pies de la cama. Su cuerpo viscoso brillaba al reflejar la luz del televisor. Ella lo pateó con todas sus fuerzas y lo vio perderse entre las sombras. Ocultó el rostro bajo las sábanas y cerró los ojos, esperando que el día irrumpiera por las ventanas en cualquier momento. Al menos lo suficiente como para ver el teléfono y hablar con Ramiro, eso siempre la calmaba.

Él era su ancla a la realidad.

Ramiro leía una revista cuando sonó la alarma de su reloj digital. Mediodía, hora de llamar a Filomena para ver que todo estuviera bien. Tomó el auricular y marcó. Sonó una vez.

—Hola, Mena.

—Hola querido. Qué bueno que llamaste ¿Sabes cuándo vuelve Lucas? No me llamó anoche.

—No, Mena. Pero quédese tranquila que ya debe estar por volver. Debe ser una noche más a lo mucho ¿Necesita algo?

—No, no. Gracias por preguntar. Con lo que tengo me las arreglo un poquito más. Total ya estoy acostumbrada.

—Mire, si quiere puedo ir a verla un ratito. Pero tiene que quedarse tranquila.

—¡No! Ni se te ocurra. No quiero ser una carga. Además el nene ya debe estar por volver. Imagínate lo que pueden decir los vecinos… Que soy una rompequinotos.

Dejo escapar una risita que llenó de alivió a Ramiro. No tenía deseos de entrar al dúplex. Desde que la enfermera se fuera ya nadie hacía la limpieza y el edificio empezaba a oler mal. Era desagradable por fuera, y por dentro solo podía estar peor. Además tenía muchas cosas de las que ocuparse, la seguridad de la calle era una de ellas.

No estaba ahí para cuidar de la vieja.

Otra noche. Los siseos ya no eran como antes. Ahora eran furias encarnadas. Ya no querían respuestas, sino retribución por todo lo que habían pasado. Su hijo ya tendría que haber regresado, había dicho que era un negocio sencillo. Una simple transacción de rutina.

Pero el chico era un poco lento. Tal vez se hubiera equivocado en algo. Uso el pasaporte de Gastón, o de Dimitri. Ella no quería un pasaporte

a nombre de Dimitri, pero él decía que sus rasgos iban con el nombre. Era guapo, con el cabello rubio y los ojos celestes, no azules.

Los cuerpos resbalaron por la ventilación. Los escuchaba golpear el metal y quejarse. Eran tantos y tan fríos que se chupaban el calor de la casa. Y el calor los hacía crecer. Y mientras más crecían más hambre tenían. Un ciclo sin fin, una serpiente que se enroscaba hasta llegar a morderse la cola.

¿Dónde estaba Lucas?

¿O Gastón?

¿Dimitri?

Las pequeñas garras destrozaban la alfombra a medida que hacían su camino hasta la cama. Todo por culpa de la inútil de la enfermera. Tenía que venir, ajustar la temperatura, hacer la comida, tomar su dinero e irse. Así hasta que Lucas regresara. Pero se acobardo, e igual quería el dinero prometido. Trato de detenerla, pero no pudo hacerlo. Ya estaba vieja.

Vieja y cansada.

Cerró los ojos y dejo que los siseos tropicales la envolvieran.

Ramiro condujo a los policías hasta la puerta del dúplex. Se tapó la nariz para no inhalar los efluvios que provenían de la casa. Ya eran parte de ella y todos los vecinos odiaban lo que eso le hacía a la calle, arruinaba sus mañanas, tardes y noches. Esperaban que él hiciera algo, pero le tenía miedo al hijo de la vieja. Había sido muy específico en que nadie la molestara. Y todo la molestaba ahora, incluso el teléfono.

Pero ya no importaba. No cuando Lucas había sido arrestado y deportado. Un olor vomitivo lo golpeó de lleno al abrir la puerta. Uno de los policías empezó a toser y el otro hizo arcadas. No había luz, varios focos se quemaron durante los días de abandono.

Entraron con cuidado, guiados por la linterna de uno de los policías. Partículas de polvo flotaban alrededor del haz de luz. Caminaron hasta alcanzar la puerta del dormitorio, el estómago revuelto y los ojos llenos de lágrimas. Las bisagras chirriaron como ratones y la cama apareció ante ellos. Filomena cubierta con las sábanas hasta la cabeza se movía con parsimonia.

—Mena —susurró Ramiro—. Mena, soy yo Ramiro. Vine con la policía. La vamos a ayudar.

La vieja no respondió. Pero volvió a moverse.

Hubo un siseo. Algo pasó sobre el pie de Ramiro sobresaltándolo. Por reflejo el policía de la linterna apuntó al suelo. Los tres hombres quedaron

paralizados ante una alfombra llena de bultos que se movían. Alrededor de estos yacían bolitas de materia fecal.



Ilustración: Pedro Bel

Uno de los policías presionó el interruptor de la luz. La oscuridad se desvaneció y la alfombra se convirtió en un mar de reptiles. Lagartijas y serpientes, flacas y gordas, retorciéndose y viéndolos con ojos lechosos y fríos. Fríos como sus pieles escamosas.

La sábana cayó al suelo, empujada por una iguana blanca que se lanzó al suelo. Paralizados, dejaron que el reptil se escabullera por la puerta dando horribles siseos.

Las moscas nunca tuvieron el valor de acercarse a la horda de seres que habían sido incubados en el segundo piso del dúplex. Traídas de algún lugar casi olvidado de la selva con la intención de venderlas en el mercado negro. Lucas se encargaba de la transacción cuando lo arrestaron y temiendo lo peor su cómplice había huido dejando sola a la vieja. Cuando sintieron la punzada del hambre en sus vientres, los reptiles hicieron su camino hacia la fuente de comida más cercana.

Sobre la cama descansaba Filomena, convertida en jirones de carne podrida de la que asomaban huesos amarillentos. La caja torácica convertida en el nido de cuatro huevos grisáceos.

En el suelo, los reptiles seguían retorciéndose.

Rodrigo Melerio es un estudiante de letras que escribe cuentos e historias con toques de aventura y terror relacionados a la naturaleza. Es participante del taller literario *El Tintero Azul* y admirador de escritores como King, Haggard, Conan Doyle, London y Edgar Rice Burroughs.

Dentro del museo

Ramón Antonio Suárez Moreno

MÉXICO

Ataúlfo Cáceres se sentó en una banca en la sala impresionista del Museo Nacional. Observó su pintura favorita: una fiesta a la orilla del Sena. Era el momento más agradable de su día. Cerró los ojos. Podía meterse dentro del cuadro y escuchar la música y el bullicio alrededor mientras los mantuviese sin abrirlos, incluso podía oler el aroma de las flores que adornaban el dibujo. Charlaba con los comensales participando de su alegría. Su sueño terminó cuando escuchó la explicación de una obra a unos pasos de él. Odiaba las visitas guiadas. Dio un suspiro, era hora de marcharse. Le costó trabajo incorporarse ya que Ataúlfo utilizaba un bastón desde que tuvo un accidente de joven del que nunca se recuperó.



Ilustración: Pedro Bel

Salió a la calle, a su asquerosa vida real. Armándose de valor, comenzó a andar. Se detuvo al ver pasar al maldito Ezequiel Méndez ¿Qué hacía por ahí? Decidió seguirlo.

Ezequiel traía prisa. Después de un par de cuadras, se paró intempestivamente y volteó la vista. Ataúlfo se salvó de que lo viera gracias a una persona que venía delante de él y que le sirvió de escudo. Ezequiel sacó un juego de llaves y se dirigió hacia la puerta más cercana, la que abrió, entrando un poco antes de que pasara Ataúlfo. Era un negocio que vendía enseres para artistas. Había pasado enfrente muchas veces pero no se había fijado en él. Cáceres siguió su camino, unos metros adelante se metió a un pasillo que llevaba hacia una tienda de calzado. Fingió mirar los aparadores que custodiaban la entrada al establecimiento. Revisó la calle,

del otro lado de la acera había una tienda que vendía pan y se formó en la fila. Desde ahí podía ver la entrada del comercio para pintores. Al llegar tres mujeres, Ezequiel les abrió, probablemente se trataba de las empleadas. Miró su reloj, casi daban las diez.

Mientras esperaba, Ataúlfo pensó en lo que lo había llevado hasta el lugar desesperado en el que se encontraba. En un principio todo fue sobre ruedas. Siendo un soltero feliz, había triunfado como crítico, profesor y vendedor de arte. Luego, conoció a Roberta, su mujer. Era su alumna y era notorio que estaba embelesada con su maestro. Él no estaba enamorado de ella para nada, pero era de alcurnia y Ataúlfo que venía de clase baja, vio la oportunidad de mejorar en la vida. La cortejó sin importar la oposición de la familia, lo que llevó a un duelo enconado entre ellos. Al final, logró casarse con ella. El matrimonio tenía para él sus puntos buenos. Vivía en uno de los sitios más lujosos y de prestigio en la ciudad, algo que siempre había soñado. Y le causaba gran placer que sus suegros, dueños del sitio, pagaran el mantenimiento de la casa. A través de los contactos de la familia, conoció a personas adineradas y su negocio creció al venderles arte. Lo negativo de la unión era que Roberta se sentía artista, aunque tenía talento, carecía de imaginación, sus cuadros eran copias de algún maestro, muy buenas copias. Ataúlfo la impulsó a que siguiera pintando para que se sintiese a gusto y no lo molestara. Aprovechaba las ventas para regalar los cuadros de su mujer, pagándole a ella de sus ganancias. El mejor momento de su negocio llegó por casualidad. Un cuadro de un pintor aceptable fue dañado al empacarlo mal la compañía de mudanzas. El seguro pagó el desaguisado y Ataúlfo se quedó sin comisión y un gran coraje. La compañía valoró el cuadro como irrecuperable debido a que el autor ya había muerto y no valía la pena restaurarlo, ni siquiera lo recogieron, Roberta lo observó y ofreció arreglarlo. A Ataúlfo le daba lo mismo, ya que pensaba deshacerse de él en la basura. Para su sorpresa, ella hizo un trabajo magnífico. Ése era su verdadero talento. Habló con la compañía de seguros, los cuales le vendieron agradecidos el cuadro por una cantidad irrisoria. Tanto la aseguradora como el anterior dueño no hicieron pública la transacción debido a la mala publicidad que acarrearía. Cáceres prosiguió a venderlo y se embolsó la cantidad total. No sólo eso, le pidió a ella que hiciera un par de copias más. Eran perfectas. Las vendió como genuinas a personas que sabía que no las exhibirían. Eso marcó la pauta a seguir de ahí en adelante. Antes de entregar la obra, le encargaba copias a Roberta y luego las subastaba como si fueran originales.

La fila se movía con lentitud. A Ataúlfo le molestaba seguir parado por tanto tiempo, se movía apoyándose en el bastón de varias formas. Sintió

crecer su enojo hacia Ezequiel que para él, era un oportunista. También se dedicaba a vender arte, aunque no le iba bien, además de no ser una persona recta. Trató de pegarse a Ataúlfo para robarle clientes y transacciones, cosa que no le importaba ya que él siempre hacía las transacciones de manera personal y sin que Méndez estuviera presente. Las pocas veces que logró su objetivo fueron ventas menores. Cáceres, para entonces, había amasado una pequeña fortuna. Roberta comenzó a tardar cada vez más en copiar cuadros a pesar de las exigencias de su cónyuge que no se fijaba en su estado físico y mental. Alicaída y callada de naturaleza, cayó en depresión. Él continuó urgiéndola a trabajar con mayor rapidez. Fue mala idea. Un día la encontró en su estudio tirada, hundida en un mar de sangre, se había suicidado. La familia lo culpó. Tuvieron un altercado. Le quitaron la casa y los subsidios. La habían desheredado desde su casamiento, como protección contra el yerno ambicioso, por lo que Ataúlfo se quedó con nada, tan sólo un pequeño estudio y una casa descuidada en las afueras de la ciudad que estaban a nombre de ella. La familia lo convirtió en un paria entre sus conocidos que dejaron de comprarle. Aunque así, él tenía dinero ahorrado para subsistir y seguir moviendo arte, aunque a menor escala. Entonces, apareció Ezequiel Méndez. Había comprado una de las copias anteriores de Roberta para revenderla y se dio cuenta de que no era original al colarse en una fiesta de un coleccionista y ver el mismo cuadro colgado en una de las paredes. Le tomó una foto para confrontarlo. Amenazó con ir con la policía a menos de que lo instaurara como socio. Ataúlfo le explicó que ya no había copias debido a la muerte de su esposa. La única manera de evitar ir a prisión fue darle sus ahorros al chantajista por lo que tuvo que cerrar el negocio. Ahora, estaba en el punto más bajo de su existencia, apenas sobrevivía. Regresó a dar clases, actividad humillante para él.

A Ezequiel tampoco le iba bien por su ineptitud y se acababa el dinero que le birló. De la nada, le propuso un negocio. La ironía era que se trataba del mismo que había terminado en la muerte de su esposa, vender copias como originales. Se llevaría una jugosa comisión si le indicaba quiénes de sus antiguos clientes podrían comprarlas. Ataúlfo se resistió en un principio. Méndez le enseñó un cuadro original y un par de copias del mismo. Eran asombrosas, mejor que las de Roberta. Cáceres aceptó. En un principio funcionó bien, aunque se sentía celoso del triunfo de Ezequiel. Le pidió una participación mayor, pero su socio se negó molesto e incluso le rebajó su comisión. Ataúlfo trató de localizar a la persona que hacía las copias, pero no pudo encontrarle, Ezequiel lo tenía muy en secreto.

Ya casi llegaba su turno para el pan, cuando Ezequiel salió del negocio caminando en el mismo sentido al que llegó.

Ataúlfo esperó un minuto y se dirigió al establecimiento. Al entrar sonó una campanita para alertar a los dependientes.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó una de las mujeres, la única presente en el sitio de venta.

—En nada por el momento.

El lugar era para aficionados que comenzaban en el mundo de la pintura. La calidad de los enseres que vendían no era buena. Dicen que las cosas se parecen a su dueño. Lo mejor era irse, no iba a encontrar lo que buscaba aquí. En eso se dio cuenta de un letrero que anunciaba que se hacían retratos o copias de cualquier pintura a precios razonables. Ataúlfo se acercó a las muestras, los retratos estaban elaborados por alguien mediocre, pero su atención se centró en un paisaje. Sabía quién lo había pintado originalmente, un maestro holandés del siglo XVIII. Aun siendo un experto le era imposible distinguir entre las dos obras. Desde luego, ésta era la copia, la genuina se encontraba en el Museo Nacional. Revisó la pintura, el lienzo era moderno.

Se acercó a la dependienta.

—Quisiera una copia de un cuadro que poseo.

—Desde luego —dijo la mujer con una amplia sonrisa —. Necesito que me traiga el original y le tendremos listo su encargo en una semana.

—¿Una semana? —preguntó sorprendido. A Roberta le llevaba casi un mes cuando se apresuraba.

—Si tiene prisa y está dispuesto a pagar extra, podemos entregársela en cuatro días —dijo la mujer creyendo que se quejaba de la tardanza. Luego, tomó una libreta de pedidos para tomar la orden—. Muy bien ¿Cuándo puede traer el cuadro?

—Es una pintura especial. Antes de dejarla, necesito hablar con el artista, tiene un fuerte valor económico.

La mujer lo miró dudosa.

—Me temo que es algo que no puedo resolverle. Necesitará hablar con el señor Ezequiel Méndez, el propietario. Jamás hemos tenido algo así. Generalmente, nos traen litografías o incluso fotos para la copia.

—Le entiendo. Estoy dispuesto a pagarles generosamente —miró hacia donde estaban colocados los precios —más de diez veces lo que tiene estipulado.

Vio la avaricia reflejada en el rostro de ella, que miró de reojo hacia una puerta trasera. Ataúlfo supo que tenía ventaja.

—Incluso veinte veces.

Ya la tenía.

—Lo que voy a hacer no está permitido, espero que esto quede en confidencia, puedo perder el trabajo.

—No se preocupe.

Ella le señaló la puerta y él la siguió. La mujer se detuvo unos pasos adelante escuchando. Del otro cuarto salían las voces de sus compañeros. Le hizo señas a Ataúlfo para que guardara silencio. Con sigilo se dirigieron a otra puerta, ella tocó.

—Adelante.

Entraron a una especie de bodegón, había cuadros por todas partes. Delante de un caballete, un individuo que les daba la espalda, trabajaba pintando.

—Maestro Yáñez, el señor es un cliente y quiere una copia de una pintura.

El artista se sobresaltó, estaba concentrado. Se volvió con rapidez. Era un hombre de edad madura, aun tenía pelo, aunque escaso. Una barba descuidada le tapaba la parte baja de la cara. Lo que más impresionó a Ataúlfo fue su mirada, no podía definirla. Por un instante pensó ver satisfacción. Se acercó al trabajo que realizaba.

—Sabes que no debes traer a los clientes al taller —regañó el artista a la mujer. Se volteó hacia Cáceres —. Será mejor que se vaya —dijo con molestia.

—Sólo tardaré unos segundos.

En eso sonó la campanilla de la entrada.

—Demonios —exclamó la dependienta —. Tendré que ir a atender. Los voy a tener que dejar solos.

Ataúlfo miró la obra en proceso. Era una copia y sabía de qué se trataba: “Talentos” del maestro italiano Mazzarelli. La genuina estaba en venta por una fuerte cantidad, incluso escuchó que ya la habían adquirido. Sintió enojo. De seguro, Ezequiel fue el agente y ahora se aprestaba a vender también las copias. No le había avisado el tramposo. Se sacudió su ira y se concentró en el cuadro. Era perfecto.

—Le repito, es necesario que abandone el taller.

Era la oportunidad que esperaba Ataúlfo.

Sacó su teléfono y tomó una foto de la pintura.

—¿Qué hace?

—Evidencia. Esa copia la venderán como si fuera la original. A la policía le encantará saber de este fraude.

—¡Eso es una mentira!

—Puede ver la historia del cuadro y sus respectivos dueños en Internet.

Sin decir más, se dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—¡Espere! Yo tan sólo soy el pintor.

—Pero es parte del fraude. Sin usted, no habría crimen.

El pintor se frotó las manos, nervioso.

—No quiero problemas. Tal vez podamos hallar otra solución —dijo angustiado.

Ataúlfo sonrió.

—Si viene a trabajar para mí, olvidaré el asunto.

—¿Haciendo qué? ¿Lo mismo? ¡Ya estoy harto de esto! No estoy aquí por gusto.

—¿Entonces?

—Si se lo confieso, no lo creerá. Se burlará de mí.

—Pruébeme.

Yañez miró alrededor aunque sabía que se encontraban solos.

—Le enseñaré algo primero.

Se puso a pintar. Ataúlfo no podía dar crédito a la facilidad y rapidez con que avanzaba. En menos de cinco minutos acabó la copia a la que le faltaba una tercera parte por terminar. Se acercó a la obra, era magnífica.

—¿Ha visto alguna vez trabajar a alguien así?

Ataúlfo negó con la cabeza, estaba enmudecido. Tenía razón el maestro, si no lo hubiera visto, no lo hubiese creído.

Se hizo el silencio.

—¿Cómo puede hacerlo? —preguntó por fin Cáceres.

—Éso es lo inverosímil. Yo era chofer en una línea de autobuses. Siempre me gustó la pintura, aunque nunca fui bueno. Una noche circulaba al final de mi turno. No traía pasajeros y estaba a unas cuadras de llegar a la terminal. De súbito, noté movimiento a la orilla del camino. Dos personas peleaban, una de ellas lanzó al otro en la trayectoria de mi camión. Pisé los frenos, pero fue inútil, lo atropellé. De inmediato avisé a las autoridades. Al

apearme, el otro tipo ya estaba lejos. Le grité para que regresara a afrontar su acto. Él detuvo su huida, se volteó para darme las gracias y me dijo que a raíz de mi ayuda, se había liberado. Como pago por el favor, me concedería un deseo, el que yo quisiera. Luego salió aullando de alegría. Desde luego, no le creí. Pensé que se trataba de un loco. Las autoridades llegaron e inspeccionaron el accidente. No pude darles una descripción detallada del individuo, estaba muy lejos y era de noche.

—¿No lo pescaron?

—No, hasta dónde sé.

—¿Y cómo te volviste pintor?

—No fue difícil adivinar mi deseo ¿no es así? Estaba desencantado con mi trabajo, no progresaba. Un día, paseando por el parque, había una exposición de pintores aficionados. Pensé que sería magnífico ser pintor. Sentí como si un tornado hubiese surgido de la nada. Giré varias veces y caí al suelo al mismo tiempo que se quitaba el viento. Alrededor mío todo seguía igual. Una persona me ayudó incluso a levantarme. Sentí que algo cambió en mí. Tuve una necesidad de comprar aparejos de pintor. Al llegar a mi casa me puse a pintar tal como lo vio. En un principio sentí una gran alegría. Pintaba y vendía mis obras con facilidad. Dejé el trabajo de chofer para dedicarme a las artes plásticas.

—¿Qué pasó?

—Un tipo se enteró del accidente que tuve con el camión. Me declaró que había presenciado el percance, que no había alguien más a la orilla del camino, que yo había actuado con negligencia y que fui el causante de la muerte.

—Ése tipo supongo es Ezequiel Méndez.

—Así es. A cambio de no delatarme, hace que le pinte cuadros —observó el taller —. Soy su prisionero y ésa es la razón por la que no puedo trabajar con usted.

Ataúlfo hizo cálculos mentales por unos instantes.

—Le tengo una propuesta.

—La escucho.

—Venga conmigo. Tengo una casa de campo que no está en buenas condiciones pero se puede vivir en ella.

—¿Ahora seré esclavo de usted? Es lo mismo que seguir aquí.

—Desde luego que no. Podemos pactar un número de cuadros, digamos unos cien —notó el sobresalto del maestro, por lo que se aclaró

—. Con la rapidez con la que pinta, acabará en un dos por tres. Terminado nuestro trato, le conseguiré un pasaporte e incluso le daré su parte de las ventas. Podrá salir del país y obtendrá su libertad.

Ataúlfo lo miró expectante. El tipo meditaba su respuesta.

—¿Cuándo lo haríamos?

—Mañana por la noche si le parece bien. Hablaré al cuidador para que prepare lo mejor posible la casa.

—¿Cómo lo haremos?

—Pasaré por usted ¿Hay una puerta trasera?

—Sí, en el callejón. La dejaré abierta.

—¿Le parece bien las doce de la noche?

Se saludaron para sellar el trato.

Ataúlfo pasó el día siguiente esperando que llegara la noche. Desde luego, no pensaba darle el pasaporte a Yáñez hasta que estuviera satisfecho con sus ganancias aunque llevara más de cien copias. Además el tipo estaba loco, todas esas patrañas del accidente y el deseo reflejaban una inestabilidad mental. Lo bueno era que nadie lo extrañaría. Debía conceder que Ezequiel Méndez había armado un buen tinglado. Ahora sería su turno de vengarse de lo que le había hecho.

Por fin había llegado la hora. Revisó el callejón antes de entrar, estaba solo. Se encaminó hacia la puerta que se abrió sin esfuerzo. Asomando la cabeza, observó el sitio. Era un almacén. Sorteando cajas, llegó hasta otra puerta. Al entrar, se encontró con el pintor que lo miraba desconcertado.

—¿Está listo?

El otro no contestó. Movía ligeramente la cabeza indicando que había algo que necesitaba que viera.

—¡Vaya, vaya! —salió una voz de la oscuridad —. Pues si se trata nada más ni nada menos que el famoso corredor de arte Ataúlfo Cáceres —. Ezequiel salió hacia la luz —. Esperaba un poco más de ética. Es indigno tratar de robarse los empleados de un socio.

—¿Socio? Más bien, tu tarado, te has aprovechado de mí, pero eso ya se terminó. Ahora, también tengo pruebas de que tú has cometido fraude. Además, éste no es tu empleado, es tu esclavo. Vengo a liberarlo.

Ezequiel rio.

—A otro con ese cuento. Vas a hacer lo mismo que yo si te sales con la tuya. No me engañas. Pero dime ¿cómo piensas llevarlo a cabo? ¿Crees

que te lo vas a llevar sin que me oponga?

Traía una mano atrás y ahora enseñó la pistola. Ataúlfo dio unos pasos hacia atrás, hacia la salida.

—Eso es lo que tienes que hacer, salir de aquí para no volver jamás. Pero sé que no podrás contenerte y regresarás, he tomado mis precauciones —dijo presumiendo el arma.

Señaló hacia una mesa.

—Lee el papel —ordenó.

Era un acta que levantó con la policía. En ella lo acusaba de vender copias por originales. Todos los datos eran correctos, ya que el cuadro que se señalaba en el documento lo habían vendido ambos, aunque el que había dado la cara fue Ataúlfo. El cliente desconocía la existencia de Ezequiel.

—Si te fijas, en la denuncia aparece la firma del señor Argüelles, la persona a la que le vendiste el cuadro. Está enterado que lo engañaste.

Apuntó hacia una esquina.

—Cámaras de video. Supe que estuviste aquí ayer. Sé lo tramposo que eres y sospeché que te traías algo entre manos. Interrogué a Yañez. Ahora le marcaré a la policía para que vengan por ti.

—Si vienen, también te apresarán. Como te dije, tengo pruebas, le tomé fotos a tu cuadro falso.

—Corrección, tienes fotos de un cuadro únicamente, Ya me llevé esa pintura.

—No importa, tienes copias por todos lados.

—¿Te has fijado bien? —dijo con una sonrisa maléfica —. Hazlo mientras hablo.

Ataúlfo revisó el lugar. En efecto, había retirado las fraudulentas. Escuchó el reporte que Ezequiel dio a las autoridades. Continuó en su inútil búsqueda.

Sin haberlo previsto, se acercó a su rival que terminaba la llamada. Para hacerlo, movió la pistola un poco. Sin pensarlo, lo atacó con su bastón.

El bastón de Ataúlfo era especial. Tenía una cabeza de león de manija, estaba hecho de una aleación de plata y pesaba más que el acero. Lo volteó para pegarle a la mano que sostenía la pistola. Ezequiel se quedó quieto un instante, mientras seguía sosteniendo el teléfono. Era suficiente para Cáceres. Descargó el golpe con toda su fuerza sobre la cabeza de su enemigo. La sangre brotó de inmediato, bañando todo. Ezequiel se desplomó. Ya en el suelo, Ataúlfo siguió descargando su ira sobre lo que ya

era un cadáver hasta quedar agotado. La única manera en que se podía recordar a Méndez iba a ser por una foto ya que la cara estaba destrozada.

Agotado, Ataúlfo quedó a un lado de su víctima, recuperando su respiración.

Escuchó un grito de alegría. Yañez brincaba desaforado por el lugar.

—¡Soy libre, soy libre!

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Alto! —lo detuvo Ataúlfo —. ¿Adónde vas? ¿Qué hay de nuestro trato?

—Leí el acta. No existo para las autoridades, así que me marcho. Nuestro pacto ya no tiene efecto ya que me has quitado del hechizo al matar a mi captor. Pero no soy malagradecido. Tienes un deseo, lo que quieras. Medítalo antes de pedirlo, no te vaya a pasar lo que a mí.

Sin decir más salió.

Ataúlfo escuchó las sirenas. Debía salir de ahí de inmediato. Lo más seguro era que llegaran por la entrada principal. Salió al callejón. Ya en la calle, comenzaron a arribar las patrullas. Tomó dirección contraria, Concentrándose en no apurarse para no llamar la atención.

Ya se sentía a salvo cuando escuchó que le gritaban. No volteó la vista, sabía que se referían a él. Apresuro un poco el paso. Podía escuchar los pasos Que se acercaban con rapidez. Corrió. Era inútil, lo iban a alcanzar debido a la pierna lastimada. Llegó al Museo, se dirigió a la puerta lateral, sabía que no la cerraban debido a que aprovechaban la noche para recibir arte o para hacer arreglos. Se metió sin frenar. Uno de los guardias gritó y salió tras él. Los policías unos pasos atrás.

Hasta ese entonces había actuado por impulso. Debía pensar para salir del atolladero ¿pero en qué? Todo estaba perdido. Llegó a la sala del impresionismo. Si iba a ser su último momento de libertad, quería acordarse de su pintura favorita. Se paró enfrente de ella. Cerró los ojos, deseaba ser parte del cuadro. Sintió una ráfaga de viento, un mareo y se desmayó.



Ilustración: Pedro Bel

La gente pasaba frente al cuadro y lo estudiaba. Era una de las obras más visitadas del Museo Nacional, luego seguían su camino.

Lo mismo todo el tiempo.

A Ataúlfo se le concedió su deseo, ahora estaba dentro del cuadro.

Pero no como se lo imaginó. En vez de estar a la orilla del Sena disfrutando de la vida, estaba colgado en una pared sin poder moverse, ni dormir, ni comer, ni hablar, ni siquiera pestañear. Una eternidad mirando pasar personas todo el día. Hubiera sido mejor ir a la cárcel. Sabía que se podía revertir el hechizo ¿pero quién lo iba a hacer y cómo? No podía comunicarse.

Los vio aproximarse, su ex suegro acompañado de un hombre con sombrero raro y ancho que impedía distinguir sus facciones. El tipo acercó el dedo hacia él, parecía que lo quisiera aplastar, pero tan sólo, lo señalaba.

El suegro se acercó a la pintura y sonrió. De su ropa sacó un sobre y se lo extendió al hombre. Eran billetes, una gran cantidad de ellos.

Cuando se iban, el hombre se volteó y enseñó su cara.

Era Yáñez.

¿Cuánto tiempo estará ahí? —preguntó el patriarca.

—Para siempre, o hasta que destruyan el cuadro.

—Debo decirle —dijo el patriarca —, que creí que era un charlatán cuando ofreció darme mi venganza, yo no creía en la existencia de hechiceros…

Ya no pudo escuchar más, las voces de las demás personas apagaron la conversación.

Si hubiese podido gritar lo hubiera hecho.

Dice el autor: «Me llamo Ramón Antonio Suárez Moreno. Nací en la Ciudad de México el 12 de diciembre de 1952. A pesar de ser un ávido lector, comencé a escribir hace relativamente poco. He colaborado en un grupo

llamado *"La Mesa Literaria"*, con los que cooperé en cinco libros: *Animalario*, *Podría ser de otra manera*, *Fragmentos de la Historia*, *34 cuentos de humor* y *Son puros cuentos*. He colaborado con historias en La Gangsterera y en la Revista NM. Tengo en venta en Amazon dos libros: *Historietas de Crimen y Terror* y *El Secreto de la Monja*. Pronto saldrá a la venta *La culpa y el Claustro*.»

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: EL REMANSO DE LOS CIPRESES (nº 273) (como Toño Suárez Moreno)

Tejedor de voluntades

Eneele Horst

ARGENTINA

Un temblor suave y constante estremecía el suelo. Sentado en su trono de oro, el Arconte arqueó el torso contra el gran respaldo circular adornado con un grabado del sistema solar, y alzó la barbilla con gesto altivo, desafiante. Antes de escuchar los pasos apresurados del servidor que se acercaba, había percibido su miedo, su apremio, y sabía lo que venía a decirle. Al entrar en el recinto, el joven de piel olivácea, vestido con la túnica azul que todos los servidores del Arconte llevaban, aminoró la marcha y bajó la cabeza rasurada y tatuada con el mismo gráfico que decoraba el trono. Se detuvo delante del gobernante y comenzó a hablar, sin alzar la mirada.

—Señor, perdóname por perturbar la trama de tus pensamientos y detener tu viaje, ¡y que también me perdonen los desconocidos a quienes estoy privando de tu visita! Es necesario que consideres de inmediato la posibilidad de abandonar esta morada…

El Arconte frunció el entrecejo y, sin decir una palabra aún, estudió la mente de su siervo. El muchacho creía que la muerte se cernía sobre todos los que vivían en el templo y quería eludirla de la única forma posible: convencer a su Señor de evacuar el edificio. De no conseguirlo, sin embargo, se prepararía para lo que sobreviniera, incluso si esto era morir aplastado bajo un montón de cascotes; su voluntad estaba atada irrevocablemente a la de su gobernante, su dios-viviente. De haberse tratado de cualquiera de los otros, se dijo el Arconte, no habría sido genuina lealtad, pues él había moldeado la mente de esos hombres para convertirlos en sus siervos personales; pero dentro de este muchacho no había tenido necesidad de tocar demasiados hilos, y su honesta devoción, incluso en aquella hora aciaga, lo conmovió y aligeró su malhumor.

Al hablar, la voz cavernosa e inexpresiva del Arconte reverberó entre los muros del santuario.

—Sé que te han enviado a ti, Balhar, porque eres mi favorito… bien, cuando vuelvas con los demás, hazles saber, y tenlo claro tú mismo, que mi confianza en ti no te da derecho a decirme lo que tengo que hacer…

—Jamás te diría lo que tienes que hacer, señor mío… —dijo el muchacho, restregándose las manos, nervioso—. Tan sólo intentaba

recordarte que la estructura de este edificio es muy antigua; los muros están llenos de grietas, hay sectores que ya se han desmoronado… ¿Qué sentido tiene poner en riesgo tu vida, de la cual depende la humanidad entera? Puedes establecer una nueva morada en el sitio que escojas, ¿quién se te opondría? ¿No son tuyos todos los hogares de la Tierra y más allá?, ¿no se inclinan ante ti todas las cabezas?



Ilustración: FRAGA

El Arconte no respondió. Tenía el poder para penetrar la mente humana, desmadejar los pensamientos y emociones y tejerlos a su antojo, y los pueblos se sometían a su gobierno, acataban sus leyes, se enfrentaban unos a otros, si él así lo decidía; se enemistaban padres e hijos, hermanos, amantes. Él era el comienzo y el fin de la guerra; era el motivo por el que se unían y se destruían las familias y las sociedades. Su propósito era que la especie que lo adoraba prosperara, pero ligada a sus caóticos orígenes, como él la había conocido, como a él le gustaba; como era más susceptible de aceptar el yugo. Pero aunque todas las mentes se abrían a su escrutinio, desde el comienzo las había habido inmunes a sus argucias. Por grandiosas que fueran las visiones con que intentara seducir a las personas, siempre había quién se resistía a bajar la cerviz y quién se arrepentía de haberlo hecho luego de algún tiempo. Era, de todos modos, amo y señor de una buena parte de los habitantes de la Tierra, y esparcía su influencia incluso allí donde su poder no tenía alcance, a través de emisarios escogidos de entre los seguidores a quienes les había tejido la más inquebrantable voluntad de servirle, conciencias a las que ya no tenía necesidad de acceder para asegurar su control. Los había enviado a los túneles subterráneos de la luna, que albergaban una colonia dirigida por una obcecada mujer de ojos rasgados, en cuya mente, durante sus visitas a la Tierra, todos los tejidos del Arconte se desarmaban en pocos segundos; y en los domos de cristal de Marte, donde el régimen que había resultado de la adaptación a las duras condiciones de supervivencia poco lugar dejaba para nuevas formas de opresión; los había en los sombríos hábitats polares de Mercurio, hogar de

un pueblo taciturno que dedicaba todo su tiempo al cuidado de las máquinas recolectoras de metales, y en las ciudades flotantes de Venus, donde la vida, persiguiendo el crepúsculo entre las nubes, transcurría como en un sueño, y los grandes líderes mundiales, los héroes y los dioses no eran para la gente más que el recuerdo de una era olvidada. En esos rincones del espacio todos conocían la historia del hombre extraordinario, el hombre de rostro aquilino, de mirada aguda y fiera, que no podía envejecer, y decía velar por el bienestar de la raza humana, procurando guiar cada uno de sus pasos; pero sus reglas, sus promesas de magníficas visiones, de emociones que ni siquiera las drogas más potentes podían provocar… las ofertas del Arconte, que sus mensajeros refrescaban en la memoria de los colonos, no bastaban para que esa gente, a excepción de pequeños grupos, deseara ponerse al servicio del gobernante terrestre y vivir de acuerdo a sus enseñanzas. El poderío del Arconte, al igual que su templo, estaba lleno de grietas.

—¿Tú crees, entonces, que *mi* vida corre peligro?, ¿que *Yo*, que supe engañar al tiempo y derroté a la vejez, permitiré que me doblegue un terremoto? —le espetó al siervo; al cabo de una pausa, se apretó el ceño con el pulgar y el índice y añadió, en tono conciliador—: Pero en verdad no hay nada que temer. Eres joven, Balhar, por eso tienes el corazón lleno de dudas. Yo llevo mucho tiempo aquí, el tiempo de varias generaciones, y la tierra ya se ha sacudido antes. Mi templo no se vendrá abajo. Regresa con los demás y transmíteles lo que te he dicho; podéis dormir tranquilos… —Guardó silencio para escudriñar las emociones del siervo, y el alivio que captó reconfortó su espíritu turbado; era como si de repente un ruido molesto y continuo hubiera cesado. El muchacho esbozó una débil sonrisa, se prosternó y abandonó el recinto. Al encontrarse solo una vez más, el Tejedor de Voluntades dejó escapar un suspiro y se puso de pie. Recorrió la estancia, pensativo, envuelto en los siseos de su túnica blanca, que dejaba al descubierto sus brazos delgados y nervudos, y en el tintineo de los muchos brazaletes y collares de oro, obsidiana, granate y lapislázuli que adornaban sus muñecas y su cuello. Así había construido su dominio, presagiando eventos cuya materialización no podía garantizar; sembrando, sin el auxilio del discurso, la confusión y la esperanza dentro de una u otra mente; plantando aquí delirios de grandeza, despertando allí sensaciones abrumadoras que volvían a las personas adictas a su manipulación. Y acostumbrado como estaba a aquel juego, algunas veces se dejaba enredar en la urdimbre de su propio engaño. En aquel momento, por unos instantes, se dijo que la convicción que acababa de ostentar delante del joven siervo tenía en verdad fundamento. Pero el Arconte no podía ver el futuro; si el

vetusto edificio cedía, nada podría hacer él por evitarlo, y aunque había aprendido a gobernar su cuerpo al punto de detener el deterioro de sus células, si esos muros se desplomaban sobre él, no sería capaz de evitar que lo sepultaran. Mucho menos podría salvar de la muerte a sus siervos. Sin embargo, se daba cuenta ahora de que, si bien podía ordenar la evacuación y escoger cualquier otro sitio donde ubicar su trono, tal como había dicho Balhar, estaba tan apegado a aquel templo que la idea de marcharse le resultaba inconcebible. En un principio, el Tejedor había ido de ciudad en ciudad, de nación en nación, poniendo a prueba su poder, descubriendo el placer irresistible de controlar a sus semejantes; luego esa carga, que no deseaba soltar, lo había abrumado, y había buscado el consuelo de la reclusión. Había comprado aquel edificio abandonado, de muros y techos, columnas y molduras cubiertos por completo de intrincadas tallas: figuras geométricas, florales y zoomorfas; escenas de la vida diaria de la cultura que lo había construido, danzas cortesanas, batallas, hazañas de antiguos dioses… Le había gustado porque lucía como un espejo de su propia mente poblada de enmarañados pensamientos, de retorcidas historias, de miles de rostros y de voces. Su sed de poder, que le exigía visitar, a través de los mares y los desiertos, de las llanuras y las montañas, el interior de más y más seres humanos cada día, lo había empujado luego a la cámara más aislada del templo, con el fin de alcanzar una mayor concentración. Por último, luego de algunas décadas, había mandado cubrir las ventanas y tragaluces porque en la oscuridad le era más fácil visualizar su itinerario inmaterial. En esa perpetua penumbra, a la que sus ojos se habían habituado, alzó ahora las manos para tocar la superficie de los relieves, que veía como un amasijo incomprensible de líneas entrelazadas, y sus dedos reconocieron el contorno de dos figuras humanas unidas en un abrazo tan apretado que era imposible precisar al tacto dónde terminaba uno y donde comenzaba el otro. El Arconte no comprendió por qué de pronto tenía un peso en el pecho, por qué de pronto se sentía tan cansado. Quizás había estado cansado por mucho tiempo y recién ahora se atrevía a reconocerlo. Retrocedió, abrumado por la confusión, y en ese instante la tierra osciló de tal forma que el hombre cayó al suelo. La atmósfera se llenó de sonidos roncos, de gritos distantes, y cuando se restableció la calma, la luz, que por siglos había estado prohibida en aquella cámara, entró a raudales, encegueciendo al Arconte caído. Sollozó, cubriéndose los ojos, pero al cabo de unos minutos se incorporó, espiando entre los dedos, y avanzó, tosiendo, agitando las manos para disipar el polvo, sobre los escombros del muro que se había derrumbado, hacia otras estancias, siempre en pos de la luz, caminando primero y luego corriendo, hasta alcanzar el exterior.



Ilustración: FRAGA

En la gastada escalinata de la entrada, el Arconte se detuvo de golpe y observó a la gente que, más allá del predio ocupado por el templo, iba de un lado a otro, aturdida por el último sacudón de la tierra. Atravesó el camino polvoriento que discurría en medio de la hierba chamuscada, fijándose en cada detalle del paisaje ordinario que tenía ante sí: el juego de sombras de los vehículos que levitaban sobre el ardiente pavimento; los rascacielos en forma de espiral, brillantes bajo el sol; la oscura selva que se extendía detrás de la ciudad…. La mente del Arconte, en la que día y noche susurraban las voces de aquellos a quienes invadía, se llenó de los sonidos de ese mundo cotidiano que había olvidado, de conversaciones y bocinazos, del ladrido de los perros, del canto de las aves, y recordó cómo se sentía ser simplemente un hombre, antes de descubrir aquel don, aquella anomalía cognitiva que había despertado su obsesiva ambición de poner al mundo entero a sus pies. Recordó cómo se sentía reír a carcajadas, y dejar que las lágrimas corrieran por sus mejillas sin preocuparse por secarlas; lo que era amar y ser amado sin condicionamientos; recordó el calor de otro ser humano en su piel, el deseo. Y recordó el sabor de la libertad, aquello que había perdido por consagrar sus horas a quitárselo a los demás.

Una expresión de profundo dolor contrajo su severo rostro. El suelo se movía de nuevo pero el Arconte apenas se percató. Aunque su cuerpo era aún el de un hombre joven, se sintió demasiado viejo para ese mundo en constante crecimiento; su personalidad se había formado con el legado de un tiempo primitivo, que él había tratado de mantener vigente desde el rincón más profundo y sombrío de su morada; el único sitio donde una criatura como él aún podía existir. Y sólo la inminente destrucción de tal sitio le había hecho comprender que su autoridad estaba desvaneciéndose;

que el esfuerzo por conservar y expandir su gobierno lo había dejado exhausto.

Los gritos de las personas que ahora corrían en desorden, intentando ponerse a resguardo, le parecieron lejanos. Tambaleándose, volvió sobre sus pasos, buscando la mente de sus servidores para mandarles abandonar el templo. Cuando se topó con ellos en la escalinata y le rogaron que los acompañara, hizo como si no los hubiera visto. Estimuló en la conciencia de esos hombres y muchachos la creciente sensación de independencia que había plantando en el momento de ordenarles que se marcharan, y después de unos segundos le dejaron en paz y corrieron en dirección contraria. Algunos, no obstante, volvieron la cabeza conforme se alejaban, y vieron al Arconte atravesar el umbral de la entrada y avanzar bajo la lluvia de rocas, mientras los muros se rajaban y se combaban, hasta que toda la estructura se desmoronó con un estruendo ensordecedor, eliminando para siempre la potestad del Tejedor de Voluntades.

Natalia Lorena ("Eneele") Horst es escritora de fantasía, ciencia ficción y terror gótico, y diseñadora gráfica.

***NGC 3660* y *Ficción Científica* publicaron dos de sus relatos.**

La peste

Adrián Des Champs

ARGENTINA

Apoyo el vaso con delicadeza. La espuma de la cerveza fría baila con provocación mientras Mariano se desmorona ante mis ojos. La vida de él ya no tiene sentido, está arruinada.

—Estoy muerto —me dice—, no hay nada que hacer.

¿Qué puedo hacer yo? Nada, sólo acompañarlo. Salir a defenderlo en público sería un suicidio, su situación es irreversible. Ahora que lo pienso, estar acá es bastante riesgoso. Si me ven con él todo se acabaría también para mí. Por suerte el lugar está vacío, casi abandonado. Estamos en una especie de jardín. La brisa veraniega nos relaja pero el calor y la humedad buscan sofocarnos. De pronto, un pensamiento: *"Alguien podría entrar y verme, venir fue una estupidez, diez minutos y me voy. Se lo debo. Él me ayudó cuando nadie quería. Él ayudó a muchos que ahora lo evitan"*.



Ilustración: Pedro Bel

Ya nadie lo sigue en las redes sociales. No le quedan ni amigos, ni seguidores, ni contactos. Es peligroso seguir asociado a él, en especial a través de las redes. Damián estaba de vacaciones y no se enteró a tiempo, apenas volvió lo supo y sacó a Mariano de su lista de amigos. Ya era tarde. Trató de explicarse, publicó que estaba de vacaciones, que no había señal pero igual perdió su trabajo. Por suerte conserva a sus amigos y a su familia, aunque por el momento lo ignoran. Estar cerca de quien lleva "la peste" no es para nada conveniente. A Damián lo exiliaron por un tiempo. Un año entero de trabajo a la basura, y todo por doce horas. Pudo haberle ido peor. Y si a él le fue así ni quisiera imaginarme lo que pasaría conmigo

si me vieran ahora, sentado junto al leproso. Hoy el sabor del encuentro tiene un gusto tan amargo que hasta me produce arcadas.

Mariano levanta la cabeza con mucha dificultad y su espalda está encorvada. Mantiene los codos apoyados sobre la mesa. Su mirada me conmueve, ojos que desbordan de lágrimas. Ya no hay esperanza, todos lo abandonaron para siempre: amigos, familiares. Le cuesta hablar pero dice:

—Vos no deberías estar acá conmigo. Si fuese vos no estaría. Lo que estás haciendo es una estupidez.

Sus palabras, filamentos venenosos, rozan mi espíritu y me queman por dentro. Mi corazón se agita. Quisiera salir corriendo y sin embargo me quedo acá. Algo dentro mío me retiene y una vez más mis pensamientos afloran desde lo profundo: *"Llevo una vida feliz: diez mil cuatrocientos cinco seguidores, cinco mil cuatrocientos veintitrés amigos, nueve mil ochocientos cuarenta y dos contactos, y si me descubren se acabó, ¿para qué arriesgarme?"*.

Miro alrededor y no hay nadie. Este bar se atiende en forma automática. Las cámaras no funcionan. Un lugar para exiliados al que nadie vendría a menos que también estuviese muerto. Eso me tranquiliza. Todavía no sé por qué vine. Los pocos que en verdad conocen a Mariano experimentan la piedad como emoción dominante, al menos por ahora. Los vaivenes emocionales dependen del "trending topic", que cambia todos los días. La cuestión es que nadie más se acercó a consolarlo y hacen bien.

Desde el interior de mi inconsciente se deslizan unas palabras misteriosas y mi boca les otorga una forma a través de fonemas, pero por algún motivo el mensaje no me llega. Mariano me mira confundido.

—No entiendo, si vos seguís vivo ¿de qué hablás?

—Perdoná, ¿qué fue lo que dije? —le digo nervioso. Él me mira desconcertado.

—Que odiás este mundo, que quisieras escupirle la cara a todos. Que no se puede vivir así, con miedo, eso dijiste.

Siento un escalofrío.

—¿Yo dije eso? Ya ni sé lo que digo.

Y pronto lo comprendo. Estoy acá porque lo quiero, porque es mi amigo, uno de los pocos amigos que tengo, y acabo de perderlo. Quisiera abrazarlo, salvarlo. Verlo desamparado y no poder hacer nada me carcome por dentro. Odio la masa informe de anónimos que lo condenaron. Algo no está bien con este mundo pero por otra parte sé qué debería salir de acá, que no vale la pena arriesgarme, que con más de cinco mil amigos, éste entre

tantos no significa nada. No sé si quedarme y abrazar a mi amigo, no sé si creerle. ¿Y por qué no hacerlo? Si lo conozco de toda la vida. Pero ahora dudo y me escucho decirle a Mariano:

—Disculpá pero me tengo que ir.

Por la angustia que siento me resulta difícil tragar saliva. Me incorporo y busco la salida más cercana mientras mi amigo se hunde en el abandono. Quisiera decirle que le creo, que lo quiero, que nada de lo que dicen sobre él es verdad… pero no puedo. Dudo de mi propia intuición, de mis recuerdos. Antes de irme lo miro por última vez y siento que me caen unas lágrimas de pena.

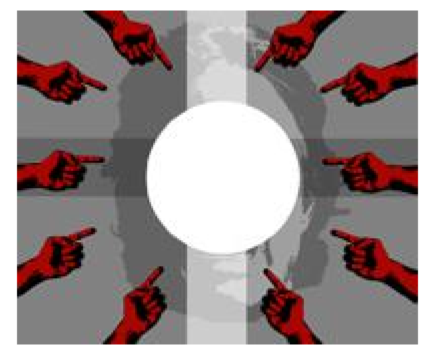


Ilustración: Pedro Bel

Al otro día me levanto y envío una cadena a todos mis contactos con un mensaje vespertino. Luego leo la noticia de que Mariano terminó por seguir el camino esperable. Su cuerpo yacía en un basural. Miro los noticieros desde la fría pantalla y a medida que la deslizo con mis dedos, se atenúa la incomodidad. Siento alivio. "El monstruo ha muerto. Se hizo justicia. Algo habrá hecho sino ¿por qué suicidarse?". Eso dicen los comentarios debajo de los videos. Los analistas coinciden. Caso cerrado.

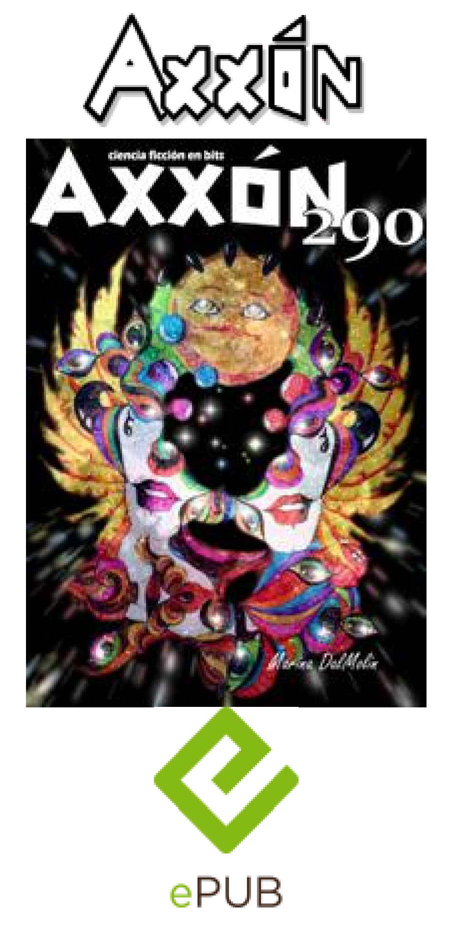
Preparo con delicadeza la presentación de mi desayuno, le tomo una foto y la publico en los muros. Después tiro la comida a la basura. Debería perder peso, son demasiadas calorías, con el suplemento será suficiente. Al cabo de un rato recibo la notificación: "Tu historia fue compartida trescientas veintiuna veces". Es un nuevo record. Ahora me siento feliz.

Adrián Des Champs es licenciado en economía de la Universidad de Buenos Aires. Realizó estudios en la Universidad Sorbonne Paris 1. Se define como apasionado por el cine y la literatura y viajero empedernido.

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Chinchiya Arrakena, Carlos Eugenio Belisle, Pablo Contursi, Gustavo Courault, Claudia De Bella, Carlos E. Ferro, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro, Andrés Nieto Bugallo, Laura Nuñez



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**